

3. JESÚS DE NAZARET

Veamos, pues, ese mensaje nuevo, con frecuencia muy creativo, tanto en ideas como en conductas, de Jesús de Nazaret. Pero antes analicemos al Jesús hombre, hijo del hombre, en su etapa de maduración humana, psíquica y espiritual.

3.1. Madurez psíquica, mental y afectiva

La madurez psíquica revela el valor humano y la fiabilidad de una persona. Revela su capacidad de compromiso y de responsabilidad, así como también su capacidad de altruismo, y su humildad, que es ser y vivir en autenticidad.

Esa madurez se manifiesta en una serie de **rasgos** que definen o describen a una persona en sus distintos aspectos: afectivo emocional, relacional social, ético conductual, e incluso se manifiesta en algunos aspectos intelectuales y por supuesto también en el religioso.

Concretando lo que, en mi opinión, constituyen los rasgos más claros de madurez psíquica de una persona, los expondría así:

-**Inteligencia**, al menos, suficiente, reflexiva, con fuerte tendencia a preguntarse, a analizar las cosas, a buscar la verdad de las mismas y a descubrir incoherencias, que disuenan. De manera que acaba elaborando un sistema de certezas y valores más convincentes, más coherentes y bien jerarquizados.

-**Amor a la verdad**, capacidad de objetividad; no deforma la realidad en función de sus intereses ni la acomoda según sus querencias emocionales. Rechaza la falsedad, la hipocresía, la mentira, la manipulación, los sociotipos tergiversadores.

-**Humildad** -y a la vez confianza en uno mismo-, sinceridad. Disponibilidad, actitud de servicio, no de dominio. Aspira a la autenticidad. Enemigo de figurar, de vivir de apariencias. Estabilidad emocional.

-**Libertad interior, fortaleza**, seguridad en sí mismo. Se muestra independiente, vive sin apegos limitadores. No se halla atrapado por normas incoherentes ni por un sistema de creencias o de valores mal jerarquizados, ni se siente condicionado por la opinión o la aprobación ajena. No se siente fácilmente ofendido. No es una persona vulnerable.

-**Bondad**, amor, empatía, solidaridad y compromiso ante la necesidad humana. Hace el bien, sin marginaciones, sin exclusiones. Es amigo de dar, más que de recibir. Valora las relaciones humanas positivas y es fiel a la amistad.

-**Coherencia** y moderación de vida, honestidad moral. Tendencia al compromiso y al trabajo. Responsabilidad.

-**Sensibilidad** ante el ser humano, ante el sufrimiento, ante la injusticia y la falsedad, ante la naturaleza y sus secretos, ante la belleza, ante la bondad.

-**Comprensión** ante la fragilidad humana. No se siente inclinado a juzgar ni a condenar, a no ser el mal que daña a otros. Capacidad de perdón, de comportamiento manso, acogedor, no agresivo. Pero también sabe ser asertivo en determinados momentos. Quiere transformar la sociedad, pero en libertad, con realismo, sin ingenuidades.

-**Flexibilidad, tolerancia**, sentido de la realidad, que convive pacíficamente con la diversidad cultural, cuando es respetuosa con el hombre. Mira más los aspectos positivos que los negativos de la vida. Ante la ley o las normas mira su espíritu, no la letra. Actitud de apertura mental, receptividad. Y al mismo tiempo fidelidad incondicionada a los valores fundamentales.

-**Paz interior**, serenidad que difunde en su entorno. (Lo que no excluye que en determinados momentos o temas suscite oposición por romper moldes, por innovar.)

-Todo esto tal vez pueda resumirse en una palabra: **autenticidad**, que es pura fiabilidad.

Veamos, pues, esos rasgos de madurez, que en este caso reflejan la personalidad de Jesús de Nazaret, a través de su vida.

A) De niño y adolescente

Pese a los pocos datos de que disponemos -aunque tal vez conocemos más de su niñez y adolescencia que de muchos grandes personajes de la antigüedad-, Jesús se muestra **inteligente**, con gran deseo de aprender y de saber -alta motivación-, reflexivo (como su madre), con habilidad y audacia para recabar información, con capacidad de análisis, de preguntarse y de dar finas y sorprendentes respuestas, con confianza en sí mismo y una gran libertad interior para su edad.

Todo esto lo demostró en el sorprendente hecho de quedarse en el templo escuchando a los doctores y letrados, haciendo preguntas y dando respuestas que dejaban maravillados a los mismos expertos en la Ley. (Lc. 2, 41-48) Dada su alta motivación, su pasión por aprender e informarse, en este ambiente debió perder la noción del tiempo... El saber bíblico -que en el fondo es el tema de Dios y del hombre- le fascinaba tanto que se olvidó de su circunstancia personal, de sus padres y de volver a casa...

Por otra parte, hay que destacar su gran **libertad interior**, muy alta para su edad, y la jerarquía de valores éticos y religiosos, tan madura, tan maduros, seguidos con exquisita

fidelidad ante Dios -más que ante los hombres, por muy queridos que fueran-, cosa que también sorprende en un adolescente.

No obstante, sabe comportarse y acepta su papel de sumisión respetuosa, humilde y realista, como correspondía a sus años. Era obediente y estaba sujeto a sus padres. (Lc. 2, 51-52)

Durante los años de niñez y adolescencia debió recibir una relativamente buena educación en familia, además de las clases en la sinagoga. En las clases de la sinagoga, y acaso también fuera de ella, debió entablar una buena relación con su maestro, el rabino, hasta el punto de aprender y agotar todos los conocimientos que éste poseía -¿incluso en hebreo clásico?-. (Así ha ocurrido en muchas ocasiones con niños superdotados y con alta motivación para aprender.)

Por otra parte, su padre José probablemente fue un gran maestro para él, de tal manera que no sólo lo inició en conocimientos y en la vida profesional, sino que además debió estimular mucho su motivación, su necesidad de saber y su capacidad de reflexión. De modo que algo más tarde, ese afán de saber debió estimularlo a buscar información y ampliar sus conocimientos sin cesar.

En lo que cabía para su circunstancia, Jesús debió informarse bien, leer y estudiar la Ley asiduamente, y cuanto estuviera a su alcance. Por eso el evangelista concluye esta etapa con las palabras: “Crecía en edad y en **sabiduría** -bondad y conocimientos- delante de Dios y de los hombres”. (Lc. 2, 52)

Estas palabras hacen pensar que Jesús en sus años de adolescencia y juventud debió de vivir muy dedicado a establecer contactos significativos, a informarse y a formarse. Los años de su primera juventud debieron ser años de mucha observación y reflexión, de búsqueda intensa de conocimientos y de contacto con gente informada y sabia a su alcance. Es muy probable, moralmente seguro, que ya desde muy joven repitiera más de una vez el hecho de asistir y escuchar a los letrados en el templo, en sus subidas a Jerusalén, y hasta de quedarse allí algunos días. (Este afán de saber recuerda a la muy lúcida y motivada Teresa de Ávila, no sólo amiga de leer cuanto caía en sus manos, sino de informarse bien en frecuentes charlas con distintos expertos en temas espirituales, y así poder discernir mejor y madurar sus convicciones a la luz de su experiencia personal, íntima, de Dios.)

Jesús además podía comunicarse con gente ilustrada. Aparte del arameo, que hablaba habitualmente, conocía el hebreo clásico, y parece que también el griego, la lengua culta y de más comunicación del entorno, el mundo helénico.

Es muy probable que el mismo José, su padre, fuera su iniciador en el conocimiento del griego y quizá algo del latín, pues por su profesión debió tener contacto con núcleos urbanos próximos de cultura grecoromana... La misma estancia en Egipto -si es así de histórica-, ¿no sugiere nada?

¿En qué lengua habló con el centurión romano cuando éste le pidió que curara a su criado o con los judíos helenistas que hablaron con él? ¿En qué lengua se expresó ante Pilatos cuando habló con él a solas? En hebreo o arameo seguro que no. (Recordemos

que entre sus apóstoles parece que había algunos que conocían el griego: Felipe y Andrés, por ejemplo.)

Si fue así, como parece, es muy probable que Jesús, en sus subidas a Jerusalén por las fiestas, contactase con gente de cultura griega, que pudieron ser judíos, que también subían a Jerusalén... De hecho sabemos que algunos judíos helenistas estaban interesados en hablar con Jesús, como se observa en Jn. 12, 20-22. De este modo el Señor pudo comprobar en algunos, al menos, una mentalidad más abierta... Y al mismo tiempo pudo también informarse acerca del sentido religioso y ético -creencias, prácticas de culto y de oración etc.-, de la sociedad helénica y romana, como puede deducirse de la observación que se recoge en Mt. 6, 7: Cuando oréis no hagáis como **los gentiles, que hablan mucho**, creyendo que así serán más escuchados.

En cualquier caso, Jesús, con una mente privilegiada, muy reflexiva, coherente y amiga de la verdad, sometió a un profundo análisis -no sólo el Pentateuco, Josué, Samuel..., los profetas, los salmos-, sino también las enseñanzas, las creencias y los valores transmitidos por los letrados y por la tradición. De ese análisis no se libraron las costumbres más tradicionales, por muy sacralizadas que estuvieran, como el sábado; ni tampoco cosas menores, como las abluciones rituales o los alimentos... Y cuestionará más de un pasaje o costumbre... No lo que entra..., sino lo que sale de uno, de su interior, es lo que verdaderamente mancha, dirá más tarde, por ejemplo. Más aún, Jesús estaba informado acerca de los entresijos de la conducta de algunos personajes significativos de la sociedad de Israel, como es el caso de Herodes. ¿Por qué en una ocasión lo calificó de “zorro”? (Lc. 13, 32)

En suma, Jesús debió ser además un gran autodidacta, que aprendía y sopesaba con rigor la validez de cuanto leía y se enseñaba. De ahí que no sólo no le convencieran muchos de los valores y enseñanzas tradicionales, sobre todo éticos y religiosos, que se transmitían en las sinagogas; tampoco le convencía el concepto que se transmitía de Dios. Lo que, como digo, le llevó a revisarlos y a elaborar una jerarquía de valores muy madura -en la que Dios y el hombre ocupaban un puesto central-, más allá de las normas y costumbres. Por eso su pensamiento sorprendía por su profundidad, por su novedad y coherencia.

Pero es que además se expresaba con brillantez, como una persona culta y experta, siempre muy convencido y seguro de sí, al mismo tiempo que se comportaba -y también en esto sorprendía- de un modo receptivo, sencillo, servicial y humilde.

Una persona madura, por muy brillante que sea, siempre se manifiesta humilde y sencilla. Sabe compaginar humildad y seguridad. Rechaza la ostentación y la mera apariencia, vacías, sin contenido real, pues empobrecen. La sabiduría profunda es así, sólida e inteligentemente humilde. Busca la autenticidad. Y al mismo tiempo sabe ser realista.

Por todo ello se comprende y explica la gran admiración y sorpresa que causó más tarde en los oyentes que le escuchaban y seguían: “Cómo es que no habiendo estudiado, sabe letras...”, se preguntaban muchos. (Jn. 7, 15)

(Se entiende “no habiendo estudiado” en una escuela superior, con un rabí de prestigio. Jesús estudió por libre, no necesitaba más. Acaso su personalidad creativa e innovadora no le permitía sentirse bien en una escuela tradicionalista y conservadora, aunque muy probablemente estaba al tanto de lo que se enseñaba en esas escuelas superiores.)

Mateo insiste en la misma idea de Juan: La multitud, al oírlo, quedaba **asombrada** de su enseñanza. Asombrada por lo **novedoso** de su doctrina y por la seguridad con que la transmitía. (Mt. 22, 33) (¿Acaso también por el riesgo que corría con lo que enseñaba?)

A mi juicio, no es muy convincente la postura de J. P. Maier -y otros-, que parecen concebir a Jesús, en su adolescencia y juventud, como uno más, muy corriente, de su entorno, con sólo conocimientos escolares elementales: apenas leer y escribir... En formación personal, en capacidad de comunicación con distintos estratos culturales y en cultura bíblica Jesús de Nazaret no fue tan marginal, más bien al contrario. ¿El hecho de dirigirse a la gente con un lenguaje rural -o pesquero- manifiesta que su mentalidad era rural, o más bien que se adaptaba a la mentalidad de los que le escuchaban? Con Nicodemo y con los fariseos y doctos en la Ley, que a veces le planteaban problemas, equivalentes a trampas muy sutiles, no se mostró rural, sino fino y con un pensamiento matizado, muy maduro. (Ver Mt. 22, 15-22.)

Por eso me pregunto: ¿Acaso por destacar al Jesús Mesías, el Enviado del Padre con su ciencia infusa, inconscientemente valoramos menos al Jesús hombre inteligente y reflexivo, con alta motivación y creatividad, y lo confinamos demasiado al ámbito rural de un “hombre del campo”?

Porque la realidad es que los mismos que lo vigilaban, hasta tal punto reconocían su saber -incluso gente culta-, que le llamaban “maestro, rabí”. (Mt. 22, 24; Mc. 12, 32) Y los que trataron de plantearle cuestiones difíciles o de ponerlo en aprietos ante situaciones comprometidas, se vieron, diríamos, tan “pillados”, que ya no se atrevieron a hacerle más preguntas. Ninguno de los expertos y doctores de la Ley pudo darle respuesta, y en adelante ya nadie -de los escribas, fariseos y maestros- se atrevió a hacerle preguntas. (Mt. 22, 46 y Mc. 12, 34)

Así, pues, Jesús no sólo demostraba amplios conocimientos, sino también un razonamiento más fino y más profundo que los más formados de su entorno. Por eso se comprende que Flavio Josefo hablara de él como “un hombre sabio”.

Esta madurez, esta **sabiduría**, se explican también -desde una perspectiva de creyente y muy real-, porque Jesús tuvo un gran Maestro, el Espíritu de Dios, que le hacía entender las cosas del Reino mejor que los letrados y doctores... El Espíritu de Dios vino sobre Él... (Mt. 3, 16-17; Mc. 1, 10-11; Lc. 3, 18-23)

De ahí que el mismo Jesús se permitiera decir: “Me llamáis Maestro y Señor y decís bien”. (Jn. 13, 13)

B) De adulto

En efecto -lo he adelantado ya-, de adulto sigue manifestándose en esa misma línea de persona inteligente, observadora, reflexiva, con gran capacidad de análisis, que lo condujo a un pensamiento maduro, distinto y original, y a convicciones profundas, muy consciente de las incoherencias y contradicciones del entorno religioso y social. Jesús era muy consciente de las contradicciones con que se enseñaba y practicaba la religión por parte de los dirigentes, y cómo se deformaba el espíritu de la Ley con la interpretación literal de normas menores sobrevaloradas, convertidas en sagradas, que sometían al hombre y lo inferiorizaban.

Sus reflexiones y su alta capacidad de análisis y de síntesis le llevaron a declarar que **la esencia** de la Ley y los profetas, es decir, el V. T., **se resume** en dos mandamientos o mensajes fundamentales -quien resume es que conoce bien el tema, objeto del resumen-, y ese resumen fue éste: **Amar a Dios y al prójimo** como a un hermano. La esencia -el espíritu- de la Ley es lo que interesa a Jesús, no las palabras y sus circunstancias humanas -que revisten esa esencia-, y que, como tales, necesitan interpretación, pues no siempre son precisas.

Jesús fue también un buen conocedor del hombre y de su circunstancia, religiosa y social, como se revela en algunos pasajes evangélicos: Por ejemplo, la necesidad de la oración para no desfallecer, la tendencia a figurar, a ocupar los primeros puestos, Lázaro y el rico epulón, Zaqueo y los impuestos, los poderosos que mandan y oprimen, el poder del dinero y su incompatibilidad con el Reino que anunciaba, los dirigentes o maestros que enseñaban-imponían cargas pesadas o minucias como algo importante, y que en el tema religioso orientaban mal al pueblo, que andaba desorientado, como ovejas sin pastor...

Debió también reflexionar mucho acerca de situaciones concretas injustas, algunas de las cuales no se discutían o se cuestionaban poco, pese al dolor que causaban; debió reflexionar mucho acerca de los valores y costumbres que se imponían en su medio, que sometían al ser humano, y que frecuentemente interpretaban mal el mensaje viejotestamentario. Debió también reflexionar acerca de los movimientos rebeldes contra el sistema, que se levantaban en su tiempo, así como sobre sus fundamentos éticos y su capacidad real de cambio...

Para una persona inteligente, observadora y reflexiva -deseosa de aprender y de conocer la verdad auténtica de las cosas-, la vida, la relación y comunicación con las personas y sus circunstancias es una escuela superior -una academia-; es una gran universidad, que otorga el título de madurez y de sabiduría.

Convencido de que sólo lo auténtico enriquece y madura al hombre -le repugnaba vivir de la mera apariencia-, aplicó un fino y contundente sentido crítico a las normas y tradiciones, con el fin de poner en evidencia las contradicciones en que incurrían, y que a su vez revelaban una escala de valores alterada, en parte falsa.

Con esta actitud valiente y equilibrada, que pone en evidencia no sólo su alta inteligencia y capacidad de análisis de la situación, sino también la madurez de sus ideas que encarnan esencias que no pasan, así como su gran libertad interior -sorprendentes para lo joven que es-, sólo pretendía poner en evidencia valores erróneos y descubrir un camino más auténtico de madurez humana, ética, social y religiosa.

Jesús se comportó, pues, siempre seguro de sí, muy convencido de su misión, así como también con una gran capacidad de autocontrol humilde y lúcido. En todo momento se manifestó honesto consigo mismo y con los demás. Ni el éxito social con las multitudes que lo seguían, ni el cuestionamiento reiterado de ciertos valores y normas -cuestionamiento que exigía mucho valor, pues entrañaba un riesgo evidente-, alteraron sus profundas convicciones ni su comportamiento sencillo y amable, ni su actitud de servicio humilde -nunca de jefe-, pese a la gran confianza en sí mismo y a su alta capacidad de liderazgo. Hablaba como quien tiene autoridad, sin dejar de comportarse como el que sirve, y de manifestarse sencillo y humilde, como reiteran los Evangelios.

Aquí se aprecia una persona muy realista, con gran estabilidad emocional, una profunda e inteligente humildad, una fortaleza y una gran confianza en sí mismo, que sorprenden.

Humildad compatible con la autoridad que representaba, porque **se sentía con poder para hacerlo**. Tanto que llegó a afirmar -sólo unos ejemplos-: Habéis oído que se dijo, pero yo os digo...; declara finiquitado el V. T. con Juan Bta. ; quien ame a su padre más que a mí...; yo soy la luz...; quien a vosotros recibe, a mí me recibe...; cielo y tierra pasarán, pero no mis palabras...; o estas otras muy contundentes: O conmigo o contra mí...

Respecto a los valores fundamentales que anunciaba, no admitía posturas acomodaticias. Jesús era muy consciente de su misión y de lo que Él representaba.

Sin embargo, esta posición tan clara y determinante no le llevaba a una actitud de suficiencia o de superioridad personal engréida. Seguía comportándose humilde y servidor de todos: Yo estoy como el que sirve, insistirá más de una vez. Tanto que sin merma de su humildad, de una humildad auténtica -por eso la importancia de entenderla bien-, llegó a decir y a proponerse como un modelo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón... (Mt. 11, 29)

¿Cómo interpretar estas palabras del Señor y compaginarlas con lo que entendemos por madurez psíquica? Si la humildad es uno de los signos más claros de madurez psíquica, ¿cómo entender esas palabras? La suficiencia es incompatible con la humildad. ¿Acaso quien se reconoce humilde, deja de serlo, como pensaba S. Agustín?

¿Cómo entender, pues, esas palabras de Jesús? En mi opinión, interpretándolas así: la humildad no sólo no es incompatible con la verdad, sino que es fruto de esa verdad, que tiene sus raíces en la realidad más profunda de uno mismo y que en Jesús de Nazaret es la autenticidad absoluta, que da confianza. Verdad, humildad y madurez son inseparables e indisolubles. Son la otra cara de la gran moneda del amor. Y esto es lo que representa y es Jesús de Nazaret, el Enviado del Padre.

Por eso hablamos de la extraordinaria madurez psíquica y moral del Señor, en el que no caben conductas o rasgos débiles, neuróticos o paranoides, signos de inmadurez... (Rasgos neuróticos sí se observan en la vida de algunos santos: lo que confirma que la gracia se hace compatible con la inmadurez humana, si hay humildad para aceptarla, y deseo sincero de superación. Pero en la conducta de Jesús de Nazaret no se observan esas inmadureces.)

En la vida pública, y sobre todo en su pasión y muerte, el Señor dio muestras fehacientes de esa madurez y equilibrio personal, siempre coherente, nunca descontrolado o agresivo. Afrontó con entereza, con gran fortaleza, siempre humilde -sin darse a la fuga, a la que pudo haber recurrido-, el sufrimiento y la muerte en cruz, pese al descrédito y humillación que suponía.

Por todo ello, se entiende que Jesús no cayera en una actitud rebelde, hipercrítica o violenta. Jesús se comportó siempre coherente, comprensivo, pacífico y auténtico, sensible y fuerte ante el dolor, sin dejar de ser crítico y hasta duro en algunas ocasiones.

Su conducta manifestó además en todo momento un alto sentido de sensatez y de realismo, que lo alejaron del encumbramiento social o religioso, a fin de no desviarse del objetivo del Reino, como en el caso de aquéllos que querían nombrarlo jefe...

Jesús actuó con la libertad de quien ama y no se busca a sí mismo. Compaginó muy bien una profunda, inteligente y bondadosa humildad y seguridad en sí mismo, con una gran dignidad personal, lo que constituye una lección magistral de vida. Para Él humildad no es rebaja personal ni poquedad, sino madurez; humildad es vivir en autenticidad y sencillez, concibiendo la vida como un servicio a los demás, convencido de que en ese servicio el hombre se enriquece y se realiza en plenitud. Es decir, convencido de que la actitud de servicio y entrega a los demás madura y eleva, hace crecer y convierte la vida en el mejor testimonio del Reino. En suma, convencido de que la suficiencia, la soberbia, el ego dominante, son signos de inmadurez psíquica y ética, son signos de inmadurez personal.

Permítaseme insistir y precisar un poco más sobre la madurez psíquica del Señor y sobre el signo más claro de esa madurez: la humildad. Una persona que no se busca a sí misma, que se entrega a los demás sin reservas, que perdona siempre, incluso al que le rechaza, que prefiere la compañía de los humildes, que no juzga ni condena, que devuelve bien por mal, que ora por los que le persiguen, que no guarda rencor ni resentimiento, que lava los pies de sus discípulos y se comporta como un servidor, que propone el amor como enseña, incluso a los enemigos, que disculpa a los que han buscado su muerte..., ¿qué es sino un modelo de madurez y de humildad excepcional?

Madurez y humildad que no le impide reconocerlas y proponerse como modelo y referencia. Jesús se pone como ejemplo de humildad, como se propondrá más tarde como ejemplo de amor: Amaos como yo os he amado... Algo muy profundo le impulsaba a hablar así, sin merma de su madurez psíquica y moral... (Dejamos a un lado el fundamento último de estas palabras, lo mismo que cuando se propone como “camino, verdad y vida”, pues pertenecen a otro tema, el de la Cristología, en el que no entramos aquí.)

Pero hay más rasgos que evidencian también la madurez del Señor: Pese a tantos abusos, falsedades, infidelidades y fragilidades humanas, incoherencias y contradicciones -que observa y a veces critica y denuncia con palabras duras en algunos momentos-, Jesús posee un alto sentido positivo de la vida y de la amistad: disfruta con moderación, participa invitado en algunos banquetes y al menos en una boda, donde come, bebe y regala vino de calidad para la fiesta. Jesús es espléndido. Es decir, Jesús realiza su primer “signo” para mantener una fiesta y evitar que sus amigos queden mal.

Este y otros muchos gestos evidencian también su exquisita sensibilidad. Jesús sintoniza y empatiza fácilmente con el pueblo, con los mejores sentimientos humanos, con la alegría y el dolor, con las necesidades y angustias del pobre, con el pecador arrepentido, con la persona sincera, con la amistad, con el sufrimiento ajeno, con la fe profunda... El dolor o abandono humano lo conmueven hasta las entrañas, lo turban; siente lástima, se emociona y hasta se le saltan las lágrimas en algún momento impactante, sin sentirse por eso débil. (He aquí una lección con hechos, que humanizan.) Su actitud rehabilitadora con la mujer, tan inferiorizada y sufridora, también demuestra esa sensibilidad. Jesús valoraba mucho a la mujer. Lo veremos más adelante.

Y con los niños se muestra igual de acogedor y cariñoso. Tanto los valora que los propone como modelo en la acogida de su Reino. ¡Cuánto revela el hecho de que los niños lo busquen y se le acerquen espontáneamente! Todo indica que los mira con cariño, que les inspira proximidad, confianza y gozo, que los atrae, que los niños se sienten bien con Él. A los niños, aún más que admiración y respeto, Jesús debía inspirarles cariño y alegría. Lo pasaban bien con Él. Lo cual deja entrever a un Jesús distendido, amable, sonriente, acogedor, cariñoso, ocurrente...

Pero la sensibilidad de Jesús no se limita al ser humano: Le impresiona la naturaleza, admira la belleza y el lujo de una flor como el lirio, y respeta a los animales -palomas- en el templo.

Sin embargo, hay algo más impresionante y sublime, que desborda toda imagen de sensibilidad: Jesús se conmueve tanto ante el sufrimiento humano que no sólo se le saltan las lágrimas en alguna ocasión, sino que llega al extremo de identificarse con el que lo padece, con el necesitado. Y considera un favor a estas personas como hecho a Él. (Ver Mt. 9, 35-38; 14, 14; 15, 32 y 20, 34. Mc. 6,34 y 8,2. Lc. 7, 13)

Con estas conductas Jesús nos quiere dar además otra gran lección: La fortaleza y la sensibilidad son también características de una persona madura. La sensibilidad -o las lágrimas ante el dolor ajeno-, no son muestra de debilidad, como muchas veces se ha creído, sino de madurez humana, de madurez psíquica... ¿No hay en estos gestos, implícita, una exquisita lección frente a un exceso de rigor ascético, quizá a veces de índole represivo, que más tarde se impuso en la vida religiosa cristiana?

En esta línea de exquisitez, cabe también señalar su generosidad: da con abundancia y calidad, da más de lo que cabría esperar, tanto en cosas materiales -vino, comida...-, como en el perdón -hasta siete veces siete- y en el amor, incluso a los enemigos. Con Judas aplicó su doctrina, fue coherente: no lo apartó de su compañía sabiendo que lo iba a traicionar. Incluso consintió que participase en la cena más íntima con Él, y hasta le lavó

los pies. Aquí hay una lección que tal vez aún no hemos aprendido bien, porque tiene aplicaciones muy significativas y apremiantes también hoy...

Pero además de generoso y espléndido, Jesús es agradecido y por eso también valora el agradecimiento del leproso. Es fiel a sus amigos (Lázaro), incluso en el caso de infidelidad por debilidad (Pedro).

Como vemos, Jesús se comporta como una persona humilde, y a la vez seguro de Sí. Cuando acoge, se comporta humilde, y sin embargo cuando se comunica o enseña lo hace como quien tiene autoridad, con mucha convicción. No rechaza la compañía de ninguna persona importante, pero prefiere a los humildes, a la gente sencilla; más aún, prefiere a los pecadores humildes. En éstos ve más autenticidad. (¿Hemos aprendido bien esta lección?) No busca ostentación ni publicidad egoísta. Por eso se aleja de quienes pretenden encumbrarlo. Su humildad es inteligente y fuerte.

En suma, como testimonio de su misión, vivió de modo sencillo y humilde, con moderación y dignidad, sin riqueza, desprendido de las cosas, libre, sin afanes indebidos ni pequeños ídolos -apegos- que distrajeran de lo fundamental.

Sin embargo, también supo vivir intensamente su afectividad: tuvo bastantes amigos, algunos más íntimos; se dejó querer sin merma de rectitud de corazón y de su honor. En el amor no se reprimió, supo amar de corazón y auténticamente, sin interés personal. Sus relaciones humanas, con la excepción de quien abusa del poder, de ricos avaros y de hipócritas religiosos -¡qué lección de permanente actualidad!-, fueron siempre cordiales, amigables, desinteresadas, altruistas. En ellas se manifiesta libre y equilibrado, bondadoso, veraz, sincero, pacífico, sin dobleces.

Pero al mismo tiempo sabe ser asertivo y defenderse, cuando procede, como ocurrió en algunas ocasiones con los fariseos o ante la bofetada que recibió por su respuesta al sumo sacerdote... (Lo cual nos enseña a entender bien, sin rigideces ni al pie de la letra - como ocurrió más tarde en muchos casos en la historia de la Iglesia- lo que quiso decirnos cuando nos recomendó poner la otra mejilla o cortar la mano...)

Por otra parte, como ya vimos, disculpa en los momentos más duros, y ora por los que han procurado su muerte. (Lc. 23, 34; Mt. 5, 38-48) En este momento aparecen deslumbrantes su humildad, su bondad, su amor, su madurez psíquica y moral.

Otro rasgo que lo acompaña y explica bien su comprensión del hombre y de su situación -de sus limitaciones cognitivas y conductuales y de los productos culturales que elabora-, es la actitud **libre y flexible** ante las normas y tradiciones sacralizadas. Jesús mira el espíritu de la norma, no se apega ni se pierde en la letra. Concibe e interpreta las normas y tradiciones -incluso las religiosas- con un sentido relativo y funcional. Por eso su actitud ante la mujer, la adúltera, los pecadores -se hospeda en su casa, come con ellos, aunque escandalice a los fariseos-; de ahí su actitud ante los leprosos, ante el sábado, los alimentos, la bebida...

Jesús no **sacraliza** más que al hombre. Sólo él es intocable. Las normas son para el hombre, nunca al revés. Esto es, en aquella sociedad, pura revolución ética y cultural, tan elevada, que para muchos resultaba difícil de aceptar.

(Permítaseme un paréntesis breve, que quiere ser conciliador: El Islam ve en esta flexibilidad, así como en el concepto de Dios Padre-Madre-Amor, que reflexionaremos más adelante, una puerta abierta para la laxitud. Lo que manifiesta una mentalidad más próxima al V. T., que se inclina más al rigor y a la **sumisión** que a la confianza y al amor profundos, aunque presente a Dios como “el misericordioso”. Agustín de Hipona entendió mejor a Jesús que Muhammad, cuando dijo: Ama y haz lo que quieras. Ante el bien, las normas tienen un valor muy relativo. El amor procede con libertad, no está sujeto a normas.)

Como era consciente de que su tiempo iba a ser breve, de que no le permitirían anunciar la Novedad del Reino por mucho tiempo, recorre pueblos y aldeas andando, sin parar. Trabaja a veces casi hasta el agotamiento. Por eso en determinados momentos se retira con sus discípulos a descansar en un lugar tranquilo, lejos de la presión... (Mc. 6, 31) Jesús entiende y apoya la necesidad del descanso. No actúa de modo compulsivo.

Consciente como es de la fragilidad humana, de los intereses y apetencias que ciegan al hombre; intereses que le impulsan a crear estructuras sociales dominadas por el poder opresor e injusto -que rechaza-, Jesús propone a sus seguidores otro modelo de organización religiosa -y como consecuencia también social-, en el que el servicio, no el dominio, sea su función básica.

Permítaseme ampliar un poco más esta última reflexión, tan esencial en el Mensaje del Señor: La actitud de **servicio** nunca es una rebaja personal, sino un signo de madurez humana, y al mismo tiempo la manifestación de un alto concepto del hombre y del valor y sentido de la convivencia humana. El concepto de servicio -que se contrapone a la ideapulsión de dominio y encumbramiento personal egoísta-, define y caracteriza el concepto de la vida, así como el mensaje y la figura de Jesús de Nazaret.

Este concepto, totalmente nuevo, tiene muchas aplicaciones en la convivencia humana, y en esta perspectiva se halla todavía por descubrir y por entender a fondo... La convivencia y el mando como servicio es un pensamiento revolucionario, que revela una concepción nueva de la persona humana, que madura en función de su apertura a los otros: Sirves o no madurarás. Sirves o de lo contrario andarás por un camino equivocado, que te daña tanto a ti como a los otros, pues el no servir o servir mal es indicio de que te buscas a ti mismo, de que eres egoísta, de que te encumbras indebidamente, y eso te impide madurar, **te empobrece** como ser humano.

Así pues, Jesús asocia la maduración personal al servicio a los demás, a la concepción de la vida como servicio mutuo. Lo que no resulta fácil de entender desde una posición egocéntrica e individualista.

En suma, no crecerás ni madurarás sin, contra o al margen de los otros, ni siquiera aunque sea en contra o a costa de uno solo. Nuestra existencia, para desarrollarnos como personas, demanda cohesión, sentido de grupo solidario, sin exclusión alguna. No podemos madurar al margen ni a costa del ser humano. Esto es necesario reflexionarlo mucho para comprenderlo bien. El egoísmo humano -pura inmadurez- impide entender este concepto-realidad tan básico. Y por no entenderlo, así nos va... Por no entenderlo, nos encumbramos neciamente.

Todo ello revela -insisto- un concepto potencialmente tan positivo del hombre y de la vida, que Jesús asocia apertura y cohesión social a maduración personal. Asocia bienestar personal y bienestar del prójimo. Lo cual sólo se puede entender desde una perspectiva nueva, con un gran sentido de igualdad y cohesión fraterna, y con visión de un futuro, que nos trasciende. No olvidemos: Jesús asocia Reino y éxito auténtico con maduración personal y bienestar humano.

Aquí se encuentra implícito un gran sentido de relación de familia. En este contexto se entiende mejor el “Padre **nuestro...**”, que nos enseñó.

Subrayo de nuevo, porque lo considero muy importante, ya que aquí se halla bastante explícito un concepto nuevo: la igualdad como punto de partida en la organización familiar, social y religiosa, es decir, el sentido de fraternidad, el servicio y el respeto mutuo, son algo esencial en su mensaje del Reino. La persona humana es la que da valor y fundamento a la convivencia. Y esta convivencia respetuosa, sin privilegios, en actitud de servicio fraterno, es la que además da fundamento y sentido a lo que llamamos democracia.

En efecto, la democracia es el reconocimiento, por una parte, de la persona como valor absoluto, inspirador de la organización social en convivencia, sin privilegios; y por otra es la confirmación de que maduramos cuando nos organizamos y relacionamos positivamente con los demás, no cuando procedemos de modo independiente, individualista, egocéntrico; en régimen de pura competitividad, sin ética. Maduramos y nos conocemos mejor cuando convivimos colaborando en actitud de servicio mutuo. Cuando nos autoendiosamos, no exhibimos más que inmadurez.

Lo reitero: Maduramos cuando concebimos la vida como un servicio, que nos desarrolla como personas y como grupo, inseparables. Y por el contrario, involucionamos y nos deshumanizamos, cuando utilizamos o nos servimos de los demás como si fueran objetos, medios, robots... En esta enseñanza de Jesús late, se encuentra, otra verdad de fondo: el sentido de fraternidad humana y universal, que tan bien comprendió Francisco de Asís.

Éste es un pensamiento nuevo, muy enriquecedor y creativo, revolucionario, nada fácil de entender ni de aceptar; por lo que requerirá mucho tiempo para su implantación efectiva, incluso en el ámbito religioso. Cosa que, pese a las apariencias, todavía no ha ocurrido ni en las sociedades llamadas más avanzadas.

Nuestra democracia, por ejemplo -que se deriva del concepto de persona como valor absoluto, libre, y de igualdad fraterna y solidaria-, se halla todavía en un período de prueba muy limitada, más nominal que real... Pero su fundamentación más profunda se encuentra en el Mensaje de Jesús. En este sentido es interesante la opinión de Ottaway en “*Educación y democracia*”, obra en la que ve una relación directa entre Evangelio y democracia. (Ver bibliografía)

Aunque también es cierto que Jesús en su Reino va más allá de la democracia, de la simple organización social, sin privilegios, por importante que sea. El Reino profundiza más: es convivencia y comunión en el **amor**.

Por eso, consciente, como es, de que la novedad de su mensaje va a generar resistencias y oposición por parte de los intereses que protegen las estructuras elitistas de poder, Jesús avisa y previene. El Señor fue muy consciente y realista de la situación: previó que su Mensaje innovador desencadenaría resistencias y persecuciones y hasta su misma muerte..., y las anunció, afrontándolas con una gran fortaleza. Digo que las previó, porque no era un ingenuo. Sabía muy bien en qué terreno se movía y lo que se jugaba.

Más aún, fue tan realista y tan buen conocedor del ser humano -todo lo contrario a un soñador ingenuo- que previó y predijo que en su mismo Reino habría contradicciones y posiciones que tratarían de agostar esa innovación, el buen fruto de su Mensaje. La parábola de la cizaña -el enemigo que siembra mala semilla en el campo del Reino y crece mezclada con el trigo bueno- es la previsión y el reconocimiento de que en su Reino de novedad e innovación se introduciría la oposición a esa innovación. ¿Y qué o quién puede ser ese enemigo que ejerce la oposición y quita fuerza a su Buena **Nueva** más que el espíritu conservador tradicionalista -que no tolera novedad alguna-, o el mal converso que acomoda y aburguesa el mensaje del Reino? (Entre paréntesis: ¿esta parábola tan realista no está sugiriendo también que la implantación auténtica del Reino debía entenderse a largo plazo, pues el enemigo con su cizaña trataría de sofocarlo o retrasarlo?)

Con esto quiero resaltar que Jesús de Nazaret fue muy consciente de lo débil, y al mismo tiempo de lo rígida, que también puede ser la naturaleza humana, que puede llegar a extremos absolutamente inaceptables, que deformen la verdad de su mensaje, y hasta traten de justificar el mismo mal.

Pese a ello, asume -lamentando esas flaquezas, sí-, pero con valentía y naturalidad su misión, su vocación profética y magisterial, consciente de los riesgos que corría por ser fiel y coherente; por anunciar un Mensaje de luz que daba sentido a la vida, y cuestionaba doctrinas, costumbres y situaciones, a veces degradantes para el hombre. Por lo mismo, no se permitió edulcorar su mensaje y hacerlo “políticamente y religiosamente correcto”, como ocurriría más tarde entre sus seguidores en la Iglesia.

Su capacidad de **objetividad** -otro signo también muy claro de madurez psíquica- no le permitía negar la realidad ni deformarla edulcorándola, encubriéndola o racionalizando la situación, a fin de hacerla más asumible, más digerible. Jesús reconoce la realidad sin deformarla, la llama por su nombre, y en parte la denuncia, aunque le cueste sufrimiento.

En estas circunstancias procura ser prudente, y recomienda prudencia a sus discípulos -“os envío en medio de lobos” (Mt. 10, 16-17)-, pero también sinceridad, sencillez y valentía. Su integridad y coherencia eran totales, y así lo proponía como ideal a sus discípulos; de tal manera que no admitía transacciones ni indecisiones o seguimientos condicionados, compartidos a medias. Su entrega era completa, sin reservas, con todas las consecuencias... Su conducta, su rectitud y su sinceridad, se reflejan muy bien en sus palabras: “sí, sí...” (Mt. 5, 37). No quería ambigüedades en el seguimiento ni corazones partidos: poner la mano en el arado y al tiempo mirar atrás...

Sin embargo -y esto evidencia una vez más su comprensión y flexibilidad-, acepta discipulos **secretos** por fuerza de las circunstancias, como ocurre con Nicodemo y José

de Arimatea. O admite grados de perfección en su seguimiento: Si quieres ser perfecto... Más aún: La parábola del Venid, benditos... sugiere la máxima flexibilidad en los caminos que conducen a Él.

Una persona rígida no habría aceptado esa flexibilidad para la salvación, para el encuentro con Dios; flexibilidad que consideraría como “manga ancha”. Aunque de manga ancha no tenga nada, pues el seguimiento del Reino exige mucha entrega... Es muy importante no confundir flexibilidad y pluralidad de caminos para llegar a Dios con la relajación que refleja una “manga ancha”, mal entendida. En la pluralidad de caminos para llegar a Él, siempre hay un punto de encuentro: El hombre, empezando por el necesitado. Para Jesús la preocupación por el ser humano es el camino que conduce al encuentro con Dios.

Éste es un pensamiento nuevo impresionante, muy maduro, que refleja la madurez interna y altamente reflexiva del Señor, como también refleja la rectitud de conducta, el desapego y la independencia o no sometimiento a criterios religiosos o sociales impuestos; esta conducta en libertad interior es una característica especial que se observa en el comportamiento de Jesús de Nazaret. Este tipo de pensamiento y conducta es una muestra clara de su madurez humana y religiosa, auténticamente religiosa.

Al hablar de independencia de criterio, se alude especialmente a su libertad interior: Jesús fue señor de sí mismo, no condicionado por intereses creados o por opiniones acomodaticias; no se inhibe por temor a las críticas ni ante la vigilancia a que está sometido, aunque también sabe ser prudente. Respeta la autoridad, pero sin pérdida de autonomía personal. Jesús mantiene su libertad interior y su dignidad personal en toda circunstancia, también ante el poderoso, como así le fue reconocido y consta en los Evangelios: Maestro, sabemos que enseñas con sinceridad y rectitud y que no te fijas en la condición de las personas... (Mt. 22, 16; Lc. 20, 21)

Su autenticidad rechaza los acomodados, las apariencias, la vida inspirada en meras fórmulas. La sinceridad que trasluce es la manifestación exterior de su autenticidad de fondo.

Pero hay más: La fortaleza del Señor es ejemplar, modélica, y se hace más grande, si cabe, cuando en Getsemaní experimenta un miedo terrible ante los sufrimientos que le esperan. Aunque tiembla y suda como sangre, no pierde la compostura, no huye, asume la tortura... La fortaleza y dignidad que muestra en la pasión es sorprendente, es heroica, llegando hasta el extremo de orar y disculpar a los mismos que forzaron su terrible muerte en cruz: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen... (Lc. 23, 34) Esa fortaleza humilde -ni una sola queja- es otro signo más de la madurez psíquica y moral de Jesús de Nazaret.

En suma, Jesús vive y se apoya en la roca firme y estable de una madurez psíquica excepcional. Ha construido sobre valores firmes y convicciones profundas, que están más allá de las circunstancias y de lo caduco. Por eso sus valores, también psíquicos, perduran, no pasan. Distingue muy claramente entre medios y fines, entre valores e instrumentos, entre autenticidad o sólo apariencia, que genera autoengaño y mentira.

Y el culmen de esos valores se encuentra en el amor, en la bondad humilde, en la justicia, la paz y el perdón que predica, vive y practica. Su alta madurez psíquica le permitió desarrollar tanta capacidad de amor y entrega y un autocontrol tan elevado, como demostró siempre, especialmente en su pasión y muerte, absolutamente heroicas. No se percibe en Él ni una sola pizca de egoísmo, de debilidad psíquica o de inmadurez, que limiten ese amor.

Llama la atención y sorprende mucho en una persona joven -en torno a treinta y cinco años-, tanta madurez psíquica, intelectual, afectiva y emocional, madurez de criterios, de sentimientos y de conducta equilibrada y flexible, con una libertad interior tan elevada, con convicciones y valores tan definidos; madurez que rebosaba bondad y coherencia profunda de vida, humilde y con gran confianza en sí mismo, además de tanta fortaleza, pese a la conciencia clara del riesgo que corría. Esta madurez de criterios tan novedosos disuena con aquella sociedad tan tradicionalista y conservadora y amiga de figurar...

En contraste con la madurez psíquica que se percibe en la vida y que se confirma en los momentos de sufrimiento de Jesús de Nazaret, se encuentran frases que -como ya insinuamos, y para quien no cree- aparentemente disuenan; frases como “yo soy camino, verdad y vida”, “o conmigo o contra mí”, por ejemplo. Si tratásemos de explicarlas, nos introduciríamos en un tema teológico que va más allá del tema de este libro. Lo menos que cabe decir en este caso es que Jesús de Nazaret tiene conciencia y representa poderes especiales..., en los que no entramos aquí. (Por eso algunas críticas que se hacen, a partir de frases como éstas, indican que no se conoce o no se ha reflexionado a fondo sobre lo que Jesús representa, o simplemente que se lo concibe de un modo tal vez prejuiciado.)

La madurez moral, que se entreteje con su madurez psíquica, como acabamos de ver, pone en evidencia la categoría de la personalidad de Jesús de Nazaret. Veamos un poco más a fondo ese aspecto moral, con algunas reflexiones más personales.

3. 2. Madurez moral

Una persona reflexiva y madura busca valores que den sentido a la vida y a la conducta. Por lo que acaba asumiendo o elaborando un sistema axiológico jerarquizado, que constituye una guía de comportamiento, una referencia.

Y un sistema jerarquizado de valores ¿sobre qué se construye, qué valor marca la pauta a los demás? ¿Las ideas, las normas, las leyes, la tradición, la posición social y sus privilegios, la nación, la lengua, la religión... o las personas?

Si para Jesús el amor es la ley, este amor se dirige en primer lugar a Dios y luego, inmediata y necesariamente, a las personas, no a las leyes o tradiciones... La exigencia del amor es que, junto a Dios, el hombre sea lo primero. Y las normas, leyes, tradiciones etc. estén a su servicio, como y en cuanto defensoras y promotoras del ser humano, sin castas o privilegios. De lo contrario, no serían éticas. Las leyes son revisables, los conceptos son revisables, los valores y su jerarquía son revisables, pero no el respeto y el amor al hombre.

Pues bien, en esto consiste justamente el sistema de valores éticos de Jesús, valores fundamentalmente innovadores: Dios y el Hombre ocupan -de hecho, no sólo en teoría- la cúspide. Para el Señor el ser humano es también un valor intocable y sagrado. Por eso dijo que el segundo mandamiento es semejante al primero. (Por algo también dice el Génesis que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, aunque **la práctica** viejotestamentaria no siempre lo entendiera así; más aún, a veces lo entendió al revés: El comportamiento de Dios como semejante al comportamiento humano, que amenaza, que castiga, que recurre a la ira o se arrepiente... equivale a concebir a Dios **a semejanza del hombre**. Lo cual, como vimos antes, es comprensible: En nuestro actual nivel de desarrollo humano no somos capaces de hablar de lo trascendente sin recurrir a antropomorfismos, con el riesgo de deformación que a veces llevan consigo.

Para Jesús el hombre tiene un valor absoluto, y más cuando dice que se identifica con él, pues tal identificación refuerza absolutamente el valor del ser humano. (Esta idea tan importante la destacaré en más ocasiones.)

Una de las características más originales del mensaje evangélico es que pide una conversión al amor, **sin exclusiones**, y por tanto un trato humano abierto, acogedor, bondadoso, sincero. Un trato sin fronteras, que no discrimine.

Jesús no quiere una persona o un mundo mejores forzados por el temor, por el miedo, por la amenaza de la hoz, como Juan Bta. No quiere hombres sometidos, sino libres y confiados, unidos en el amor. La conversión interior que anunciaba, en el fondo era -es- una conversión al amor, que fuera -sea- autenticidad pura en la vida, en las relaciones humanas y en la relación con Dios Padre.

Para Él lo que no conlleve amor -o al menos respeto y trato como cada uno quisiera para sí- es pobre o no es auténtico; es tal vez falso.

Insisto: La exigencia de la moral es el respeto práctico a una jerarquía de valores, en la que el hombre -tras Dios, para el que crea- sea lo primero, con todas las consecuencias. Y ese respeto al hombre, para Jesús, se consume en el amor. Lo cual revela un concepto muy positivo del ser humano -que es una persona capaz de llegar a autoafirmarse libremente, no un robot-, pese a todas sus limitaciones y miserias. El amor todo lo renueva, desde el fondo.

Así, pues, la ética de Jesús no se queda en la fachada, en las meras conductas externas, ni siquiera en la sumisión humilde. El Señor propuso una ética de cambio de valores y de vida, pero de cambio interior, auténtico, en el que se valora al ser humano como una persona llena de dignidad. De ahí que no le interesen las penitencias, los sacrificios, sino el respeto, la solidaridad, el amor.

Es decir, la ética evangélica consiste en una transformación profunda de las personas en autenticidad, de honda calidad humana. La ética cristiana es transformación interior - y por ello humanizadora- o no es ética ni cristiana. Según se conciba a Dios y al hombre en la vida, así será la ética, profunda o superficial. Y lo superficial en este campo repugna a la mente y a la personalidad de Jesús de Nazaret. Ni el miedo ni la pura fórmula o apariencia exterior tienen nada que ver con Él.

Por tanto, vemos que para Jesús lo primero es también el hombre, el hombre dignificado, con todas sus consecuencias. Pues bien, ¿cuáles son esas **consecuencias**? Veamos algunas:

-Si el hombre es un valor absoluto o relativamente absoluto, y por ello un fin en sí mismo, no cabe utilizarlo nunca como si fuera un medio, un objeto, un robot. Las teorías que reducen el valor del ser humano como persona libre a un instrumento, o a un robot utilizable y desechable, conciben la ética como un mero ordenamiento jurídico, impuesto por los dirigentes y sus intereses. No es posible una ética humana y humanizadora si no parte del hombre -persona en libertad- como valor supremo en la tierra.

-Por lo mismo, el ser humano se halla sobre las normas y la ley. Éstas deben servir para favorecer el desarrollo del hombre, no para dominarlo.

-La organización religiosa, así como también la social, debe ser igualitaria, fraterna -democrática-, y sustancialmente paritaria, de modo que refuerce y enaltezca la dignidad del ser humano, sin sometimientos indebidos, sin discriminaciones, sin guetos...

-El mando debe concebirse y ejecutarse como servicio, como un honor de trabajar por y para la Comunidad. Servicio que, si es auténtico, acaba convirtiéndose en enriquecimiento personal interior. Si sirves bien, ganas, haces un negocio para ti. (Esto no es fácil entenderlo con una visión telúrica, egocéntrica, a corto plazo, o meramente tecnológica.)

-El encumbramiento personal, claro o disimulado, a costa del hombre es inmoral. Constituye un error grave de perspectiva y de infidelidad a valores auténticos. Lo que es un rasgo de inmadurez y de egocentrismo psíquico, que puede llegar a lo patológico. El abuso sobre el hombre es una aberración, una perversión psíquica y ética inadmisibles, que además rebaja, degrada la categoría humana de quien abusa.

Por eso resulta muy difícil entender a algunas corrientes “avanzadas”, que reducen al hombre a poco más que a un robot. Ésta es de hecho la visión tradicional del sistema conservador, el hoy llamado neoliberal, para el que no hay personas sino sólo individuos, trabajadores utilizables. Del concepto de individuo se pasa fácilmente al individualismo, al egoísmo, a la depreciación del otro, al abuso. Así no puede admitirse de hecho una democracia real.

Cuando se niega el valor absoluto del hombre y su capacidad de decisión personal, se niega la base de la ética, y se facilita lo que algunos pretenden: Reducir al hombre a un instrumento de alta producción, utilizable y desechable, lo que permite dictar normas que en muchos casos son mordazas... No se pueden reconocer ni reclamar derechos, si el ser humano es poco más que un robot, sin autonomía, si de hecho se lo reduce a una máquina. Y, como digo, esto es lo que justamente pretende el neoliberalismo y su sistema productivo. Lo cual recuerda a Hume y su asociacionismo cognitivo, determinista, y especialmente a Mandeville y su obra: *La fábula de las abejas*..., que han dado tanto respaldo a algunas ideologías “modernas”. (¿No se encuentran aquí las bases filosóficas del neoliberalismo actual, e incluso del neoconductismo psicológico de Skinner?)

-En la ética de Jesús, el ser humano es un fin, y las cosas son funcionales, sólo son medios. Es un error muy grande convertirlas en fines, en ídolos a los que se les da culto. Y para darles culto, se sacrifica.

-Por lo mismo, los privilegios discriminadores de unos pocos carecen de sentido y de justificación. El privilegio -el honor y la mejor inversión- es servir y haber servido con rectitud. En riguroso sentido cristiano, todas las profesiones deberían concebirse así, como servicios.

-El egoísmo es una etapa de pre-maduración, es falta de madurez humana. Inhabilita para el mando-servicio, amenaza y pervierte el orden ético, pues al pretender autoelevarse indebidamente incapacita para las relaciones humanas auténticas, y por ello también para un amor profundo, que es apertura al otro, que es actitud de reconocimiento y servicio noble y humilde. Todos sois servidores, dijo el Señor.

Reitero: La ética de Jesús es fundamentalmente una ética de reciprocidad, cuyo objetivo es la humanización del ser humano, **comenzando por uno mismo**. Subrayo estas últimas palabras, porque si quieres dar, tienes que tener. Das en la medida que tienes, y tienes -es decir, acrecientas tus talentos- en la medida que das. Por eso el Señor dijo que tiene más valor dar que recibir. (He. 20, 35)

Humanizar es poner al hombre como centro de nuestra atención, es promocionarlo, es reconocerlo como lo que es -persona-; es concebir la propia vida con sentido de compromiso y responsabilidad -lo que exige ascesis íntima-, y a la vez es procurar hacerla más grata, más positiva, sin sufrimientos evitables; es hacerla más digna.

Pero en esa ética humanizadora Jesús da un paso más: El ser humano no debe cerrar horizontes, debe abrirse a algo que da **sentido** pleno a la vida y a esa ética: La Trascendencia, Dios, autor del universo y del hombre, al que ama y espera como Padre (aunque muchas veces en nuestra dimensión encarnada, de tan cortos alcances, no lo parezca.) El hombre es un regalo del amor. Y en esta clave debe sintonizar, corresponder, vivir y convivir, con sentido de fraternidad responsable y con perspectiva de futuro. Pero aún diría más:

El amor, si se entiende bien a Dios Padre Amor, explica nuestra existencia tan frágil y fallable, aunque muchas veces nos cueste comprenderlo y aceptarlo. El amor ha sido el inicio y será la consumación de este proyecto, será nuestro DNI más auténtico. Un amor sin límites, sin fronteras, **sin discriminaciones**. El amor de Dios Padre explica **su opción creadora por lo más débil**, explica nuestra fragilidad, incluso el mal, inevitable en nuestra situación evolutiva encarnada, tan frágil... Explica el sentido de fraternidad que nos inculcó, y que supone un grado más que la relación meramente ética.

Éste es, a mi entender, el mensaje ético cristiano, innovador, enormemente creativo y transformador, como veremos más extensamente casi a continuación. Pero esa transformación no se realiza sin el hombre. Dios creador y Padre quiere que el ser humano, pese a sus limitaciones y fallos, sea y desempeñe un papel importante: nada menos que el de **protagonista** en esa obra en evolución transformadora, llena de virtualidades y de misterios a descifrar, a investigar y descubrir, puestos al servicio del

hombre; virtualidades y misterios que tienen su ritmo de desarrollo, lo mismo que el hombre tiene su ritmo de maduración.

Como síntesis de estos dos subtítulos, que acabamos de reflexionar, cabe decir que la madurez psíquica, intelectual y moral de Jesús sorprende por su enorme profundidad y altura, por su calidad intrínseca, por su novedad y su originalidad.

Veámoslo más ampliamente tanto a nivel práctico en su conducta, como en su doctrina.

3. 3. Comportamiento de Jesús de Nazaret

En parte lo hemos visto ya, pero aquí es necesario profundizar más en él, pues su conducta constituye una lección tan importante como su palabra. Más aún: La conducta de Jesús, sus hechos interpretan y dan sentido a muchas de sus palabras. Es posible que la conducta, en algunas ocasiones y en distintos aspectos, refleje mejor la personalidad de Jesús de Nazaret, por hallarse menos sometida a las reflexiones e interpretaciones teológicas de las primeras comunidades cristianas. Es más probable que lo que se nos dice acerca de la conducta del Señor sea más original -aunque tal vez no siempre- que algunas expresiones verbales puestas en su boca. Expresiones que probablemente no siempre recogen la literalidad de sus palabras, sino que más bien reflejan la interpretación teológica de muchas de sus palabras, sin dejar por eso de ser fieles en el fondo. Veamos:

A una persona se la conoce por lo que dice, pero sobre todo por lo que hace y por la coherencia que demuestra. Como diría el Señor, se la conoce por los frutos. Una persona es más fiable cuando la coherencia es su característica, pues en este caso lo que dice adquiere mayor valor moral y resulta más creíble.

Es el testimonio de conducta el que avala las palabras. Las obras son lecciones más convincentes. No el que dice -o escribe-, sino el que hace, dirá el Señor reiteradamente... (Mt. 7, 21; Lc. 6, 46) Por eso, cuando los envió a anunciar el Reino de los cielos, insistió tanto en la conducta, en el ejemplo de vida...

En esta línea de pensamiento y de valoraciones, podemos dar **un paso más**, -que a mi juicio resulta coherente con la enseñanza y la práctica de Jesús-, y decir que para Él lo más importante **no es la ortodoxia sino la ortopraxia**. La ortopraxia es la expresión de la mejor doxia.

De poco serviría profesar y defender doctrinas divinas, si no seguimos al Señor en su conducta. De poco sirve anunciar a Jesús de Nazaret y su Reino, si yo vivo en un palacio o en una mansión espléndida, y peor aún si los justifico como retribución por los “servicios prestados”, porque esto equivaldría a puro contratestimonio evangélico... Preocuparse mucho por la ortodoxia, hasta extremos de rigidez e inflexibilidad, y luego ser laxo en la ortopraxia de la propia vida, manifestaría un espíritu poco cristiano, que no ha entendido bien al Señor. Manifestaría un espíritu quizá más jurista, más normativo que evangélico.

En lo sustancial el mensaje de Jesús es un mensaje de comportamiento práctico, no de confesiones teóricas. El amor, su mandamiento nuevo, es pura conducta práctica. Y es que amor son obras, no simples ideas, palabras o declaraciones, creencias o cánones... El núcleo de la ortopraxis es el amor y el amor es la esencia de su doctrina -de su doxia-, que se manifiesta especialmente en comportamiento, en modo de ser y de actuar acogedor, manso y humilde.

La vida cristiana auténtica es pura praxis o no es cristiana. Digo auténtica, porque la autenticidad tiene mucho de ejemplaridad, de la más brillante ejemplaridad. Éste fue el camino que siguió el Maestro y que recordó en diversas ocasiones: Ejemplo os he dado... Ejemplo, es decir, praxis. (Jn. 13, 15)

De aquí se puede concluir que lo auténtico, lo seguro no es el seguimiento en la teoría -que en Jesús es **sustancialmente** sencilla y asequible-, ni en la obediencia, sino el seguimiento en el amor y en la fidelidad a los valores del Reino. Seguimiento que se acredita con comportamiento práctico.

Volvamos nuevamente a dos ejemplos evangélicos, en parte ya reflexionados:

En Mt. 20, 25-28 y Mc. 10, 42-45 dice que el poder debe ejercerse como un servicio, y recuerda: “Yo estoy con vosotros como el que sirve”.

Y servir es en primer lugar acción, es conducta, es estar disponible, es praxis. Por eso **la primera** preocupación del cristiano que **sirve**, debería ser examinar y profundizar en su ortopraxis, no en su ortodoxia, comenzando por sí mismo. Abusar de la propia autoridad o atribuirse excesos de poder, por ejemplo, sería más bien un fallo de ortopraxis, por mucho celo de ortodoxia que lo impulse... Sería un fallo en el servicio, y acaso en la misma **comprensión y concepto** del servicio y sus funciones.

La ortodoxia evangélica es necesaria, y en algunas ocasiones puede servir para dirigir adecuadamente la ortopraxis; pero dentro de la jerarquía evangélica de valores debe ocupar un segundo lugar; y por ello es preciso estar muy atentos para que en la teoría de esa ortodoxia no haya algo que relegue la ortopraxis a un segundo puesto. Porque esto constituiría una grave desviación de la misma ortodoxia evangélica, pues -repito- el núcleo esencial de la ortodoxia de Jesús es la ortopraxis. (En este sentido hay que reconocer humildemente los excesos y errores -la inversión de valores: lo teórico sobre lo práctico- desgraciadamente tan frecuentes en la historia de la Iglesia, como veremos.)

Si el que “sirve” encumbra la ortodoxia sobre la ortopraxis, es decir, la palabra, la idea, la doctrina sobre las obras, sobre el comportamiento, sobre el testimonio de vida, personal o comunitaria, -piénsese en la fastuosidad de estructuras etc.-, ha dejado de servir, para convertirse en autoridad que exige y reclama acatamiento; o para convertirse en un teórico, en un funcionario poderoso, en algo más “brillante” y tentador que el servicio humilde, acaso en un administrador infiel que negocia por el mando y el poder e invierte el orden de valores y de fidelidades.

En la Iglesia hay mucho que discernir y expurgar en este sentido. Si el que sirve no sirve o sirve mal, si invierte el orden de los valores, ¿no se parece al administrador infiel, que deforma y daña los intereses del Reino? Como se dijo en el Vaticano II, si el que

dirige en una Comunidad de Jesús no sirve, no sirve para nada; si altera el orden de los valores, si se pasa y se encumbra en el ejercicio de su autoridad, deforma, no sirve. Más bien degrada el espíritu del Mensaje evangélico.

Y dada la condición humana, éste debería ser el tema de examen riguroso y veraz de cada día, pues servir no es fácil. Requiere mucho Cristo dentro de uno. Insisto: la ortopraxia, la conducta, es lo más importante. Obras, más que buenas, grandiosas o sutiles razones. Sólo desde la praxia se hace más creíble y fiable el anuncio del Reino. Y por ello más convincente. Predicamos en primer lugar con el ejemplo. Recuérdese en qué condiciones envió Jesús a sus discípulos, de dos en dos, a anunciar el Reino: No llevéis oro ni plata ni alforja ni dos túnicas...

Cuando se descuida algo esencial en el Evangelio, que es **vivir en autenticidad**, -lo que exige poda y renovación permanente-, se cae en lo meramente teórico, en la exaltación de lo teórico -y del rito-, y se descuida la praxis; lo cual lleva a la larga a caer en una cierta idolización de la idea, y a la pasividad que imponen los valores de la tradición, apoyados muchas veces en interpretaciones teóricas sin fundamento adecuado. Fundamento con más tufo de poder que de servicio.

Una confirmación clara de esto que venimos diciendo ha sido -y todavía es hoy en algunos medios eclesiásticos-, la tendencia a la **apologética**, a la defensa **teórica** de la Iglesia, descuidando la mejor defensa y apología, que es el testimonio de vida evangélica, solidaria, moderada, al lado, preferentemente, del pobre y del necesitado de ayuda, siempre en actitud de servicio humilde y de unidad en el amor.

Quizá esto explique la poca transformación de las estructuras eclesiales y sociales a lo largo de los siglos, así como también la tibieza y el alejamiento de tanta gente...

Sobre este tema capital volveremos más adelante, pues merece la pena profundizar algo más en él con una nueva reflexión. Jugamos, en mi opinión, con la axiología cristiana, con la **jerarquía** de valores del Señor.

Permítaseme decir, pues, que ya es hora de que después de tantos concilios teóricos -ortodoxia y regulación jurídica-, se celebren algunos más que el Vaticano II, -rehabilitado-, dedicados al estudio, al análisis, corrección y mejora de la praxia dentro de la Iglesia, praxia que es fundamentalmente ejemplo de organización, de estructuras y sobre todo de vida. Es decir, testimonio que, como después también diría Francisco de Asís, es el mejor predicador, el mejor difusor del Reino de Dios.

Otra característica ligada a la praxia de Jesús era su **dignidad**. Mantuvo siempre una conducta libre y autónoma, bondadosa y muy digna, desde el trato con el pobre y con el rico, al trato con la mujer y con el pecador, con el poder y con los que lo persiguieron y condenaron a muerte.

En la pasión su dignidad, como su amor, fue extrema y enormemente humana. Todo esto deberíamos pensarlo y meditarlo mucho ante Él, porque en demasiadas ocasiones confundimos fe cristiana con herencia religiosa multiseccular teórica, sin preocuparnos suficientemente de lo único que buscaba Jesús: El Reino y su justicia. Es decir, el amor a Dios y al hombre en una vida digna, humilde, servicial y generosa. La conducta

inteligente es más que mera especulación teórica. La religión auténtica es esencialmente bondad, que por esencia es difusiva, que hace el bien a todos, sin restricciones. El mensaje evangélico es en primer lugar ejemplaridad de vida práctica, de vida como servicio fraterno, bondadoso. La conducta más inteligente es la bondad solidaria.

Termino con estas palabras de J. A. Marina: “Lo importante de la inteligencia es su capacidad creadora, y el colmo de lo valioso es la acción buena”. (15) Efectivamente la acción buena con amor es la credencial cristiana. Es el primer valor, el más importante.

Veamos a continuación, aunque sea brevemente, cómo actuaba Jesús en su vida. Cómo la praxia, una praxia auténtica que sale de dentro, era fundamental para Él, más que la doxia. Lo contrario del culto religioso de su entorno, así como del mundo helénico y en parte también de la posterior Iglesia helenizada y romanizada.

Comprobaremos además cómo sus acciones y sus gestos no sólo son lecciones elocuentes, también son con frecuencia muy originales, muy creativos.

1. Su nacimiento y el pueblo sencillo en el que vivió

Es una lección de amor, de participación humilde con los necesitados de la tierra, de cercanía a la gente pobre. Dios se encarna por amor y elige vivir entre la gente humilde, sin ostentación alguna, lejos de los poderosos sociales y religiosos. Lo que constituye una gran lección, fácil de entender desde el amor.

Esto rompe absolutamente los esquemas sociales y diría que también algunos esquemas religiosos. Los valores de Dios son distintos de nuestros valores humanos. Ya desde la misma encarnación, el Señor se puso al lado de los humildes. Es éste un mensaje tácito y resonante, original y muy aleccionador. Las circunstancias de su nacimiento constituyen el preámbulo y el ejemplo de la revolución de valores, que Jesús anunciará después. El pesebre es la chavola de ayer y de hoy, y visitar una chavola como creyente o representante del Señor es acercarse al pesebre. Es seguir los pasos del Señor.

Naciendo así de humilde, preanuncia y proclama que Dios es amor humilde, que la humildad es un valor tan importante que, en vez de restar valor, suma y eleva. Esto nos da pistas para revisar algunos conceptos de humildad vigentes en la espiritualidad de otros tiempos e incluso, en parte, en algunas espiritualidades de hoy. ¿No hay aquí pensamiento y conducta creativos?

Pero sobre todo, la enseñanza y parábola más clara, que se desprende de su nacimiento, ¿no será también una denuncia anticipada de la situación de los futuros chabolistas, de los barrios marginados, de los forzados a vivir sin un techo..., y de que, si queremos encontrarlo, lo busquemos preferentemente ahí?

¿Las tarjetas tan bonitas de Navidad, llenas de flores y campanillas, no estarán contribuyendo a que olvidemos o descuidemos la lección de fondo que nos quiso dar el Señor con su nacimiento entre los humildes y sin techo? ¿No es también una lección para

los que viven en palacios y en grandes mansiones, incluido el alto clero? ¿No es un indicador de cuáles son los auténticos valores del Reino?

En este contexto, ¿se entiende que la Iglesia se calle ante ventas de pisos públicos a fondos buitres o ante muchos desalojos, por ejemplo, mientras que otros que los denuncian, que se manifiestan y se oponen, sean agnósticos o no creyentes...? Los que decimos que somos seguidores de Jesús de Nazaret deberíamos pensarlo despacio y humildemente, sin prejuicios ni silencios obsequiosos a la autoridad o a la tradición, mal entendidas... ¿O es que, con ese silencio obsequioso, nos beneficiamos con “comisiones”, que ocultamos en nuestra caja B...? Piénsese...

2. El bautismo

Jesús, que vivía intensamente el Reino de Dios en su interior y experimentaba una llamada a anunciarlo, se sintió interesado por ver y escuchar al Bautista. Y acudió al Jordán...

Aunque Juan Bta. dijo que no lo conocía (Jn. 1, 33), es muy probable que se identificaran o se reconocieran -eran parientes-; y por ello, es también muy probable que hablaran entre sí a solas y que cada uno expusiera sus inquietudes, su concepto de Dios, la necesidad de renovación espiritual... Y probablemente quien más escuchó fue Jesús... El Señor compartía con Juan la necesidad de conversión y de cambio interior, pero poco más. (El hecho de que Jesús se quedara en el Jordán, al menos un día más, y que al día siguiente del bautismo, pasara cerca, de largo -lo que no excluye algún tipo de saludo a distancia-, siguiendo su camino, como se dice en Jn. 1, 35 ss., sugiere la probabilidad de ese encuentro a solas.)

El concepto que Juan tenía y exponía sobre Dios no le convencía. Jesús veía a Dios de otra manera. Tampoco le convencía el estilo de vida penitente, que Juan representaba. A Jesús le preocupaba más la transformación interior dentro de una vida normal entre la gente, sin rigidez; no tanto la forma externa penitente y alejada del pueblo.

Sin embargo, Jesús respetó a Juan, miró el lado bueno de su predicación, y le pidió que lo bautizara. Aceptó la parte que más le convencía de Juan, el bautismo de agua como símbolo del comienzo de una vida nueva, de una renovación espiritual.

Juan, por su parte, intuyó algo grande que se traslucía en Jesús, algo muy superior a él -por eso sus palabras: es más que yo, y yo no soy digno de desatarle las sandalias...-; pero quizá no fue capaz de entenderlo a fondo. Las ideas y actitudes nuevas que poco después manifestó el Señor no encajaban en una visión tradicional de Dios, como la de Juan. Un espíritu conservador, riguroso y tradicionalista, no es capaz de entender bien el Mensaje del Reino que trajo el Señor.

Jesús y Juan no coincidían en el concepto de Dios; aunque sí en la necesidad de cambio espiritual y religioso. Coincidían en la disponibilidad y entrega sin reservas a Dios, pero

poco más. En su vida y conducta prácticas ciertamente se hallaban muy alejados. Lo que en el fondo significaba que el Señor ofrecía una visión nueva de Dios y de la religión.

La contraposición que Jesús hizo entre Juan y el Reino -la Ley y los profetas hasta Juan...-, no negaba el valor del Bautista como precursor, ni tampoco negaba que hubiese continuidad o cierta relación entre ambos. Pero sí afirmó que con Juan se acababa un ciclo, ciclo con un valor relativo -la Ley y los profetas, el V. T.-, y con Él se iniciaba otro, en el que se daba un salto cualitativo, innovador, que es lo que representa el Reino. Y ese salto cualitativo e innovador es algo sustancial.

Todo esto nos enseña que Dios se sirve de las circunstancias -en este caso, la predicación y el bautismo de Juan- para dar un paso nuevo, para sugerirse más claramente, para perfeccionar su imagen, para convencer a Jesús a que anuncie su Reino. En efecto, allí en el Jordán Jesús experimentó una visión muy fuerte de Dios -éste es mi Hijo amado, escuchadlo-, que lo impulsó por senderos nuevos y muy arriesgados.

Y para eso, después de la inefable experiencia de Dios en el bautismo, se retiró al desierto, a un lugar apartado, a orar, a pensar en el mensaje que llevaba en su mente y en su corazón -el Reino-, y a diseñar su desarrollo y ejecución. Mensaje que consistía sustancialmente en un nuevo concepto de Dios y del hombre, de la sociedad y de la religión misma, así como en un modo nuevo de testimoniarlo con el ejemplo de vida. Esto es, con obras de bondad y servicio, viviendo con el pueblo, no segregado o separado de él, ni tampoco penitente. (La vida eremítica, penitente o monacal no es de origen cristiano. Es de origen pre-cristiano.)

La misión de discípulos que más tarde Juan envió a Jesús para preguntarle si era Él el que había de venir, en mi opinión, revela la perplejidad de Juan ante la orientación que Jesús daba a su mensaje. La conducta del Señor -liberal, flexible, nada tradicionalista, amigo de pecadores, no rigorista ni penitente, que además infringía el sábado, y el concepto que enseñaba de Dios-Padre y Pastor tan bondadoso que busca y recibe amorosamente al perdido, al pródigo-, no coincidía con el suyo, y esto le generaba dudas, pese a la iluminación-intuición que respecto a Jesús tuvo el Bautista en el Jordán.

De ahí que Jesús, aún reconociendo el gran valor de Juan, lo situara en la mentalidad del V. T.; y por tanto **el más pequeño seguidor del Reino es mayor que él**, es decir, lo entiende mejor, lo vive mejor. (Mt. 11, 11)

Por eso Jesús inició su predicación diciendo: **Cambiad de manera de pensar** (*metánoia*). La predicación de Juan no reflejaba bien a Dios. Así no se santificaba adecuadamente su nombre, más bien se endurecía y desfiguraba su imagen.

Para Jesús esa manera nueva de pensar se reflejaba en una vida práctica nueva, que era autenticidad y acogida bondadosa, integrada entre los demás; no penitencia, ni alejamiento ni sometimiento del hombre a las normas...

Tanta fue la novedad de Jesús que ni Juan Bta. lo entendía bien. Con su mentalidad e interpretación fixista del V. T., no podía entenderlo. Para entender bien a Jesús era preciso concebir a Dios de otra manera, superar esquemas tradicionalistas de la Torá... Por eso

los apóstoles y los hermanos de Jesús, formados en el espíritu de la Ley, tampoco lo comprendían bien. De ahí que el Señor hablara de la necesidad de renacer y pensar de una manera nueva...

Manera nueva que se manifestaba en conducta, en comportamiento nuevo, que frecuentemente no tenía nada que ver con las tradiciones y costumbres que sometían al hombre... Desde la Torá, como referencia fundamental definitiva, **intocable**, es muy difícil entender a Jesús y su Buena Nueva. Es muy difícil hacerse una buena imagen del Padre, como dice el mismo Señor en Jn. 16, 3. (Tanto los tradicionalistas como los fundamentalistas, cristianos o hebreos o musulmanes, harían bien en repensar este dato despacio, sin prejuicios.)

3. La elección de los apóstoles

Jesús era consciente de que su misión sería corta, de que no le permitirían enseñar por mucho tiempo, pues su Mensaje rompía esquemas tradicionales, y no se descuidó; pero tampoco se precipitó ni fue un ingenuo soñador al seleccionar a sus discípulos más íntimos. Escogió entre lo que había, aunque algún conocido que no eligió, como Natanael -¿quizá por motivos personales o familiares?-, era persona quizá más íntegra que algunos discípulos. A éstos los sabe débiles y deseosos de figurar... y que, como Juan Bta., tampoco lo entendían, pese a sus enseñanzas privadas; tanto que algunas veces llegó a lamentarlo y a corregirlos...

Pero no ocultó sus fallos y fragilidades; éstos no los encubrió nunca, con el pretexto de no escandalizar al pueblo. Jesús asumió la fragilidad de sus discípulos... Yo sé bien a quiénes he elegido, dijo. (Jn. 13, 18) De ahí que su paciencia y comprensión con la limitación y la fragilidad humana fuese modélica. (¿No disuena esta postura diáfana del Señor con la que adoptarían más tarde, y hasta en nuestro tiempo, muchos “servidores” de la Iglesia, que encubrieron y disimularon en exceso fallos graves con el pretexto de no escandalizar?)

Jesús no era un ingenuo soñador, era muy realista, como manifestó claramente en la parábola de la cizaña, que crecería en el mismo campo de su Reino y lo dañaría. (Volveremos sobre esta idea.)

Y porque era comprensivo y realista, no les echó en cara la fuga de la noche de Getsemaní cuando se les apareció Resucitado. Conoce la traición que Judas está tramando y no le priva de cenar con Él. No lo “excomulga”. Sólo le da a entender que lo sabe, y le dice que lo que piensa hacer lo haga pronto.

A Pedro le anuncia, por su brabuconería, que lo negará tres veces, pero tampoco le reprocha nada ni lo destituye como primer servidor. Le basta su sinceridad, su humildad y amor en el seguimiento, arrepentido; le basta que esa experiencia personal le sirva para poder entender a otros y no los condene fácilmente. (¿Aprendieron bien sus sucesores esta lección?)

Una vez resucitado lo confirma como dirigente servidor; no le pregunta si está arrepentido, sino si lo ama. Tres proclamaciones de amor fueron la “penitencia” que le impuso y el recuerdo humilde que debería guardar para el futuro.

Jesús dejó caer a Pedro, tan impulsivo, para que se conociese mejor, para que fuese más humilde y comprensivo con los demás. A Pedro, que confirmó como primer servidor, sólo le pidió amor humilde. Al no evitarle caer, quiso hacerle ver que no debía encumbrarse ni endiosarse al ponerlo como piedra. Quiso recordarle tácitamente que desconfiara de sí, que comprendiera la fragilidad humana, que podía volver a fallar y a equivocarse, que no se endiosara...

En suma, a Pedro le pide humildad en el servicio y que se apoyara en los demás y no juzgara o descalificara fácilmente a nadie. A los demás quiso decirles -decirnos- que no lo rechazaran por haber fallado, porque detrás de Pedro, tan frágil, está Él sosteniendo, a fin de que su Obra no se derrumbe por la frágil base de lo humano. Jesús cuenta con la debilidad humana, pero, pese a tanta miseria, su Obra prevalecerá, porque Él la sostiene. (Mt. 28, 20)

Este episodio de Pedro merece una reflexión más: Con ese aviso Jesús quiso anunciar y predecir los fallos de los futuros Pedros, a fin de que cuando ocurriesen no nos sorprendieran ni rechazáramos su servicio. ¿Tal vez quiso decirnos también que pontificáramos menos, que lloráramos más amargamente nuestros fallos, y que revisáramos más asiduamente nuestras desviaciones personales e institucionales, que muchas veces equivalen a un “no le conozco”...?

4. La boda de Caná

Después de la inefable experiencia de Dios en el Jordán, hay dos momentos en el inicio de la vida pública de Jesús, que marcan como lemas su futuro. Son:

-**La lectura “casual”**, providencial, de Isaías en la sinagoga de Nazaret, que le señala como camino preferente el de los pobres y desvalidos. (Is. 61,1) y (Lc. 4, 18-21) (A Francisco de Asís le ocurrirá algo parecido al escuchar la lectura del Evangelio en una misa -Mc. 6, 7-9-, que trazó su camino como testimonio en el anuncio del Reino.)

-**Y la boda de Caná** como contrapunto o complemento... Participa con su madre y sus primeros discípulos en la celebración de una fiesta de amor, en la que reina la alegría y el buen humor, incluso puede que un cierto exceso en algunos. Como vemos, Jesús no sólo acepta la invitación sino que también lleva a algunos discípulos para que vean e interpreten bien el Reino, que es alegría y amor, que es participación en la vida real, no penitencia ni aislamiento. ¡Qué distancia del Juan Bta. del desierto! ¡Y del monasterio de Qumram! ¡Y de tantos aislamientos posteriores en busca de la **perfección** evangélica!

(No obstante, permítase añadir que algunos movimientos eremíticos y monásticos cristianos de los primeros siglos son, en parte, una **contestación profética** a la sociedad dominante, corrupta, y a la acomodación aburguesada que la misma Iglesia jerárquica

había hecho respecto al sistema político y social, tan frívolo e injusto... Acomodación que la había relajado y estaba sumiendo en la tibieza...)

Y allí, como gran regalo de boda, realiza su primer signo, a fin de salvar el gozo de la fiesta y de que los novios no queden mal. Y lo hace con generosidad, con esplendidez. Jesús no quiere verse lejos, apartado de los sentimientos y problemas del hombre ni de sus alegrías. Participa en ellas y coopera.

Su presencia en una boda de amor es la afirmación de que su mensaje, esencialmente de amor, es compatible con la fiesta. En el fondo su mensaje anuncia una fiesta de amor y de gozo, como una boda, con Dios presente en ella. (Esto lo expresó muy bien Juan de la Cruz en sus poemas, aunque, por los condicionantes de su tiempo, quizá no pudo entender bien y a fondo algunos detalles del Reino. ¿Por eso **“se pasó” en vida penitente y se aisló excesivamente de la realidad “social”**? “La vida en el mundo como si no existiesen en él sino Dios y el alma”, dice en *Avisos y sentencias espirituales*. ¿Algo similar ocurrió con Francisco de Asís, con Pedro de Alcántara o con el santo Cura de Ars etc. etc.? ¿Los condicionantes históricos, algunos valores e interpretaciones religiosas de sus épocas, en ciertos aspectos no les permitían ver más...?)

Una espiritualidad penitente o aislada de la realidad social, en mi opinión, no tiene lugar en Jesús de Nazaret. En él todo es, debe ser luz, gozo, disfrute con moderación, solidaridad en los apuros y paz siempre. Jesús no se aparta ni deja a su suerte a nadie; sólo pide nuestra cooperación, es decir, que nosotros continuemos su obra con ese estilo de vida, que no excluye la fiesta, la participación con los demás y menos el compromiso solidario...

El cristianismo es mucho más festivo de lo que los cristianos -incluso algunos santos- lo hemos hecho ver en muchas ocasiones a lo largo de la historia, y ciertamente más comprometido. El dolor lo acepta como inevitable en nuestra condición humana encarnada, y mucho más si queremos ser coherentes con el anuncio del Reino, pero no lo propone como estilo de vida. Jesús recomienda una vida desprendida, y al que quiera seguirle más cerca le pide una vida testimonialmente moderada, sencilla, sin posesiones, sin ostentación alguna; pero no incompatible con la alegría y una fiesta de amor, como es una boda. El Reino no se aleja de lo humano, participa de sus alegrías y de sus penas. Y en caso de una situación de apuro echa una mano generosamente. Y también denuncia los abusos que hacen sufrir...

(Permítaseme ampliar un poco la idea de que Jesús, **al que quería seguirle de cerca**, en más perfección, le pedía **dar sus bienes a los pobres** y vivir con moderación, dando así testimonio del Reino; pero esto no lo entendía de un modo absolutamente literal, como puede comprobarse en el caso de Pedro, que conservó la barca que le daba para vivir. Jesús fue un hombre realista y flexible, que sabía compaginar la radicalidad de su seguimiento con la situación concreta de cada uno, y así interpretar cada caso en función de sus circunstancias, como se manifiesta en éste y en alguna otra situación como la de Nicodemo o la de José de Arimatea. Por otra parte, a ese joven que quería ser **perfecto**, con la invitación a dar sus bienes a los pobres, ¿no le estaría sugiriendo que sus apegos a lo material se lo impedían?)

¿No hay en estos gestos también un pensamiento y conducta originales? ¿Alguien se imagina al Bautista en una boda? ¿Por qué se olvidó tan pronto una lección tan importante como ésta? ¿Qué pensar de la historia de la Iglesia y del retraimiento de los “altos cargos” -segregados- ante situaciones semejantes? ¿La conducta de Jesús no está sugiriendo una vida moderada y una espiritualidad nueva, próxima a las vivencias del pueblo, más comprometida con el bienestar espiritual y con una vida sana, moderada, digna, lejos del aislamiento y de la vida penitente? Una vida espiritual comprometida requiere ascesis exigente, mucha superación del ego y mucha entrega a los demás..., cosas nada fáciles. Pero no penitencia y aislamiento, como modo de vida. La espiritualidad del Reino requiere compartir en las alegrías y en las penas con amor. El dolor sólo cuando es inevitable, como la cruz de cada día. Reitero: El aislamiento penitente y el monacato son de origen pre-cristiano.

5. El ejemplo de Jesús: Pasó haciendo el bien.

“Recorría toda Galilea, **proclamando** la noticia del Reino y **curando** toda enfermedad y dolencia del pueblo”. (Mt. 4, 23 y 9, 35; Mc. 1, 39 y Lc. 6, 18)

Aquí hay una gran lección, demasiado olvidada por nuestro **monofisismo** inconsciente. Jesús asociaba de tal manera el Reino y el bienestar del hombre -curaciones, alivio de enfermos-, que Pedro pudo resumir la acción de Jesús así: **Pasó haciendo el bien** y curando a todos, porque **Dios estaba con Él**. (He. 10, 38)

¿Qué distinto del Levítico, de los sacerdotes del Levítico, y de Qumram, que excluían a enfermos y minusválidos de la vida social y religiosa! Aquí Jesús presenta un Dios más pendiente de nosotros, más humano, más Padre. Dios es, antes que nada, el Dios de los humildes y de los que sufren. Jesús asocia Reino y compromiso con el necesitado. Jesús asocia Reino y bienestar personal. De nuevo, rompe esquemas tradicionales.

Al Señor le preocupa el hombre y su dolor. Para Jesús el pecado principal -aparte de la oposición obstinada y visceral al Espíritu, a la gracia-, es maltratar o abandonar a su suerte al desvalido. En las palabras y conducta de Jesús se encuentra un mensaje claro: Aliviar y trabajar hasta evitar el dolor y la injusticia que hace sufrir es una misión grandiosa que deja en nuestras manos. Si fuésemos coherentes con nuestro testimonio, a largo plazo acaso seríamos capaces de conseguirlo. En este sentido, ¿es un exceso concebimos como **protagonistas** en el desarrollo del Reino **completo** en la tierra, que también implica compromiso por un estado de bienestar? Él, en el poco tiempo que tuvo, nos sirvió de ejemplo.

Callar, pasar de largo ante la necesidad, no va con su Mensaje. Lo dejó bien claro en la parábola del samaritano -un hereje para los judíos- y en la del “Venid, benditos...” (Mt. 25, 31-45)

En estas dos parábolas -implícitamente, al menos- se pronuncia contra el sistema que oprime. La dignidad del hombre está sobre el sistema. Luchar por cambiar unas

estructuras sociales injustas es contribuir a que se haga la voluntad de Dios en la tierra. Es muy importante subrayar que Jesús no se desentiende de los problemas y de los sufrimientos humanos. Cuando envió a sus discípulos, como un ensayo, a anunciar el Reino les dijo: Anunciad y curad... Es decir, anunciad el Reino y rehabilitad al hombre, a fin de que viva sin sufrimientos, con dignidad.

En este contexto cabe una pregunta más: por habernos centrado tanto en el Jesús Resucitado viviente, en sus deslumbrantes apariciones, y en la Cristología que éstas suscitaron -monofisismo encubierto: olvido del Jesús hombre-, ¿no hemos descuidado o reducido el ámbito de la praxis del Jesús histórico, que se puso decididamente al lado de los pobres, de los necesitados y oprimidos? En este caso, por sublimarlo tanto, ¿no hemos ensombrecido el mensaje más humano y creativo del Señor?

¿Cómo se entiende que en estos momentos de crisis tan grave -por la avaricia y corrupción de unos pocos, que causan tanto sufrimiento a los más débiles-, la jerarquía guarde silencio, y en cambio se pronuncie públicamente contra la ley de educación para la ciudadanía, por ejemplo? (Es sólo un ejemplo, caben muchos más y bien recientes, lamentablemente.) ¿Qué significa esto? ¿No pone en evidencia una distorsión ética -probablemente de buena fe en muchos casos-, que altera y deforma la jerarquía de valores del Mensaje del Reino?

Sus seguidores, si queremos seguirlo de veras, **no podemos pasar de largo ante las víctimas y sus causas**. La Iglesia al mismo tiempo que anuncia, debe preocuparse por el bienestar del hombre. Más aún, el mejor anuncio es la preocupación teórica y sobre todo práctica -comprometida-, por el bienestar del ser humano. Y también pronunciarse contra la manipulación, también política, que distorsiona y manipula y fuerza y somete...

¿Nos hemos preguntado si cuando Dios suscita un Camilo o un Vicente Paúl nos está sugiriendo que esa tarea de ayuda quiere que sea de toda la Iglesia, de todo creyente -empezando por los servidores-, no sólo de una pequeña institución? En otras palabras, ¿Camilo de Lelis, Vicente Paúl y otros, como Francisco de Asís, Juan de Dios, Juan Bosco, Pío de Pietralcina..., no serán un recuerdo y una invitación a toda la Iglesia, de modo especial a sus servidores, a reconvertirnos, a servir más -empezando por los necesitados-, y a luchar por el cambio de estructuras sociales injustas que los oprimen? ¿Con éstos, como hoy con Vicente Ferrer, Teresa de Calcuta o Nicolás Castellanos y tantos más..., Dios no nos estará haciendo una sugerencia de lo que tiene que hacer toda la Iglesia, comenzando por la servidora -insisto-, para mejorar la situación social, en cualquiera de sus aspectos, que amordaza al ser humano?

Camilo o Juan de Dios (son sólo dos ejemplos) no deben ser la excusa para nuestra pasividad e incompromiso, y menos para justificarnos y tranquilizar nuestra conciencia, diciendo que la Iglesia se ocupa..., cuando en realidad se evade más de la cuenta, según el Evangelio. En este sentido, recuérdese la dura crítica que hizo Camilo a un cardenal de la Iglesia por su pasar de largo, insensible, ante los pobres...

(En este contexto, aunque parezca algo marginal, me permito una reflexión en torno a un hecho, para mí significativo, por innovador, de Francisco de Asís: Cuando llegaba el tiempo de la siega y recogida de la cosecha enviaba a algunos de sus frailes a ayudar a

los campesinos en el trabajo, sin más retribución que el alimento del día... ¿No hay aquí un ejemplo de integración con el pueblo, de no aislamiento, de ejemplo solidario cristiano, de ayuda al necesitado? ¿No fue éste tal vez el primer ensayo del movimiento moderno - tan poco comprendido- de religiosos y sacerdotes obreros, integrados, compartiendo y compadeciendo con la gente trabajadora?)

Ojo, pues, a la espiritualidad aislada, acaso sutilmente egocéntrica o ego-étnica - incluso politizada, que de alguna manera segrega-, y al egoísmo refinado, que se tupe de “oraciones, adoraciones, rosarios y novenas” o que sólo reparte migajas..., y pasa de largo, en silencio ante necesidades, y sobre todo ante abusos o atropellos, sin una palabra profética de denuncia insistente. ¿Acaso el peso del pecado y su penitencia como satisfacción -que tanto nos han inculcado-, nos ha impedido tomar conciencia suficiente del sufrimiento humano -físico o psicológico-, y de que aliviarlo y erradicarlo nos limpia de todas nuestras culpas más que ninguna otra devoción y penitencia...?

Las palabras de Jesús: “Me compadezco de esta gente que no tiene qué comer...” (Mt. 15, 32), ¿no son aplicables a otras, a todas las situaciones? ¿Ese compadecer, si es sincero, no implicará un compromiso de trabajo por la justicia, y si es preciso también de denuncia sistemática, mientras se mantengan esas circunstancias?

¿Acaso en la Iglesia estemos menos necesitados de votos de obediencia pasiva, y más de un voto de denuncia sistemática de la injusticia, de corrupciones inmorales o de abusos de poder, que manipulan mentes ingenuas o que degradan al hombre y lo someten a la miseria y al hambre; denuncia sistemática en unidad con todos los creyentes y gentes de buena voluntad? ¿Acaso Jesús en su Evangelio no valora más el compromiso sistemático con el necesitado o contra quien manipula o escandaliza a un niño, que la obediencia o el celibato? Esto merece una reflexión individual y colectiva, detenida y humilde, libre de condicionamientos históricos..., y de prejuicios -también políticos-, tan difíciles de reconocer y desmontar.

¿En qué consiste el amor para Jesús? Cuando en su actuación asociaba Reino y ayuda al necesitado -bienestar humano-, ¿qué estaba diciéndonos? La lucha y compromiso contra el sufrimiento o la manipulación del prójimo es un principio evangélico prioritario, ineludible.

Ya que nos hemos aburguesado, no aburguesemos también el Evangelio de Jesús, interpretándolo o ignorándolo en parte para vivir más cómodos, pasando de largo ante más de un consejo del Señor..., como el clérigo aquel. (Volveremos más adelante sobre este tema.)

El Reino se acerca al hombre, es un Proyecto, un compromiso a favor del hombre. Y por tanto, no lo relega, no lucha contra él, no lo condena ni lo ignora. Mira por él y lo exalta. Trata de que viva con dignidad y de que, lejos de la manipulación, y bien informado en torno a la verdad de las cosas, se sienta libre.

No deshumanicemos al Señor. Al compartir nuestra naturaleza humana, nos enalteció, nos convirtió en un valor absoluto, que merece toda la atención y respeto, todo nuestro

amor. El pecado es despojar de su dignidad al hombre; pecado es hacer sufrir intencionadamente al hombre; quizá también sea pecado de infidelidad por omisión, no echarle una mano para rehabilitarlo, para liberarlo, pudiendo hacerlo.

El Reino trae y busca paz y armonía, pero también es denuncia valiente, lúcida y desinteresada; es lucha generosa -no exenta de habilidad y a veces de cierta prudencia- contra el abuso del hombre; es lucha por la salvación, por la libertad sustentada en la verdad sin manipulaciones, por la dignidad del ser humano.

El Reino anuncia a Dios y salva de la manipulación y del sufrimiento humano al mismo tiempo, y lo hace desinteresadamente, como puro testimonio de amor. No quiere víctimas ni más sacrificio personal que la renuncia de sí -de los egoísmos, del apego a la materia y a los mitos, del autoendiosamiento-, para hacer el bien, a fin de que el hermano viva mejor por dentro y también por fuera, libre en alma y cuerpo, también de manipulaciones y de abusos.

¿No hay aquí una lección con unas consecuencias que, como institución, aún no ha aprendido bien la Iglesia? Piénsese en ciertas declaraciones del clero, diocesano y religioso, cubiertas de neutralidad política, que, a mi juicio, contradicen una auténtica jerarquía de valores y de compromiso evangélicos...

Otra forma de asociar Reino y bienestar humano se refleja en Mc. 8, 1-10: A Jesús “se le conmueven las entrañas”, viendo a la gente que le seguía sin comer. Y hace el milagro de los panes y los peces a iniciativa propia. Se siente obligado. El Reino no se desentiende de las necesidades humanas. Si a Jesús en esta situación se le conmueven las entrañas, ¿qué sentiría cuando veía que unos disfrutaban sin medida, hasta el exceso, y otros pasaban hambre o se vestían con harapos, sobre todo si se trataba de niños?

¿O cuando contemplaba palacios y mansiones -y megasueldos, añadiríamos hoy-, y comprobaba que otros no tenían casa o los desalojaban, como hoy, y quedaban en la calle y sin recursos; desalojos promovidos precisamente por algunos de éstos que vivían -y viven- en mansiones? ¿Qué difícil nos resulta a muchos ser coherentes con nuestra fe y proclamarla con obras! Siquiera reiniciemos el seguimiento reconociendo nuestra incoherencia, y no la justifiquemos, a fin de no utilizar nuestra fe en provecho propio, desvirtuándola.

El “dadles vosotros de comer” (Mt. 14, 16; Mc. 6. 30 ss.; Lc. 9, 10 ss.; Jn. 6, 1 s.), ¿no es una invitación para señalar, y denunciar si es preciso, esos abusos? ¿No es una invitación para un compromiso sistemático, conjunto, de los seguidores del Maestro por el bienestar integral del ser humano: Trabajo, comida, casa, educación, salud...? (Permítase este paréntesis: Cuando se recortan algunas partidas de los presupuestos y se dice que “no llega para todo”, se está siguiendo una verdadera y proporcional jerarquía de valores éticos?)

¿El voto evangélico de pobreza -que también es un testimonio de desapego personal por lo efímero, una liberación-, no es un medio para reforzar la dedicación al hombre y su promoción, sin interés terreno? ¿No invita implícitamente a un voto de solidaridad activa con el necesitado? Pensémoslo, a fin de que el confinamiento con voto de pobreza

en una tranquila casa religiosa no sea de hecho una evasión ante el dolor y la necesidad ajena. (16)

¿No es una crítica severa (aunque se revista de chiste) a la pasividad de la vida de “pobreza” tradicional de los religiosos, pues “cómo son pobres no pueden ayudar y porque son pobres piden que les ayuden”? ¿Y el alto clero viviendo en palacios...? ¿Dónde está el voto de perfección y de seguimiento al Jesús del Evangelio, así como el testimonio de sucesores de los apóstoles? ¿Eso de sucesores significa sólo herederos del “poder”? Poder del que se ha abusado con demasiada frecuencia, incluso en nuestro tiempo, sin control y caridad adecuados...

La “conversión” pre-constantiniana -recuérdese a Orígenes y sus críticas a ciertos abusos de algún poder jerárquico, su obispo-, y luego la “conversión” constantiniana nos acomodó tanto la mente que nos impidió y todavía nos impide ver nuestras incoherencias y contradicciones, nuestras infidelidades... Por eso la necesidad de un concilio universal que haga un examen humilde y evalúe y refuerce la ortopraxis de la Iglesia... Aunque éste no será eficaz sin una previa conversión interior al espíritu del Reino.

Las ayudas ejemplares de algunos religiosos y creyentes aislados reclaman compromisos más profundos y sistemáticos por parte de toda la Comunidad cristiana. Las obras actuales de Pío de Pietralcina, Pedro Casaldáliga, Vicente Ferrer, Teresa de Calcuta o Nicolás Castellanos etc. etc. no deberían ser casos aislados... Deberían estar más apoyadas y promovidas y lideradas por los servidores del Reino... El seguimiento más cercano del Señor -eso que se considera “llamada” o vocación-, conlleva testimonio de vida de desprendimiento personal y de entrega al bienestar del hermano necesitado...

Termino: el compromiso con el necesitado, tan característico de Jesús de Nazaret -que también compartían otros pequeños grupos israelitas-, era una postura **nueva en el imperio romano**... Postura que para Él era y es algo esencial y definitivo. (Otros aspectos relevantes de su predicación los veremos más adelante.)

6. Jesús y la mujer

Jesús conocía bien la sociedad patriarcal en la que vivía, y en la que el varón, el patriarca, lo decidía y lo dominaba todo. La mujer valía poco. Jesús debió contemplar escenas de este tipo: las quejas y angustias de la mujer por el trato recibido... Y debió también comprobar cómo, pese a todo, la mujer sacaba casa e hijos adelante con gran mérito.

En la sociedad del imperio ocurría algo semejante: el testimonio de la mujer no tenía validez en un juicio... ¡Tan poco se la consideraba! El machismo, nuestro actual machismo, viene de muy atrás, tiene mucha historia... (Historia que desgraciadamente todavía persiste hoy en la predicación de demasiados cristianos, de demasiados rabinos y ulemas... etc.)

Cuando “los discípulos se maravillaron de que hablase en público con una mujer” (Jn. 4, 27), manifestaban esa mentalidad y educación patriarcal. Pensaban con patrones mentales de su tiempo, que el Señor no compartía e iría cambiando poco a poco. Durante los años vividos en Nazaret, Jesús debió presenciar, lamentar y reflexionar mucho sobre esta situación, así como cuestionar los valores y tradiciones que amparaban ese *apartheid* de hecho.

Después, en su mensaje y en su vida pública tomó una actitud tan favorable a la mujer, que implicaba un cambio profundo de los valores sociales vigentes. Lo mismo que en lo relativo al sistema social propuso valores que suponían una transformación, también en el campo de las relaciones sociofamiliares -que forma parte del sistema-, e **inició** una transformación de igualdad, pero no ya con solo palabras, sino con actitudes, con hechos concretos.

Jesús actuó con relativa prisa en este tipo de cambio de valores que daba protagonismo a la mujer, cambio al que la sociedad conservadora, social y religiosa -religiosa de cualquier confesión-, se ha resistido durante siglos y aún hoy en gran parte.

Si Jesús no hubiera valorado a la mujer con gestos, y con su aprobación expresa no hubiera aceptado su seguimiento en algunas ocasiones, las mujeres no se habrían introducido en el grupo de los discípulos; nunca se hubieran atrevido a seguirlo tan de cerca y a participar en su “intendencia”, ni más tarde, ya ido el Señor, se hubieran unido en la oración con los discípulos. Piénsese que en las sinagogas -como aún hoy en las mezquitas-, sólo asistían y participaban los varones... (¿Quizá por eso alguien se atrevió a preguntar si las mujeres tenían alma?)

Conocemos el nombre de algunas mujeres que lo acompañaban o tenían trato cercano con Él: María Magdalena, Marta y María, Salomé, Juana, Susana... En la sociedad judía la mujer era propiedad del varón, pues eran “inferiores al hombre en todo”. Y por lo mismo se las relegaba y muchas veces se abusaba de ellas...

La Biblia tiene pasajes negativos inadmisibles sobre la mujer. Los escribas no las querían como alumnas. Estaban obligadas por las normas sociales y religiosas a cubrirse el rostro con un velo, aunque muchos hombres las valoraban casa adentro. (¿No recuerda esto nada en algunas religiones de hoy, que quieren justificar e identificar el *apartheid* femenino con la voluntad de Dios, sin darse cuenta de que así crean una mala imagen de ÉL?)

Es llamativo cómo inicialmente las mujeres en la Iglesia desempeñaron un papel destacado en algunos casos, hasta ejercer en la práctica como misioneras apóstoles y diaconisas; y cómo unos años después de Pablo, alguien con un espíritu muy tradicionalista y conservador introdujo un pasaje en 1 Cor., 14, 34-35, que las manda callar en las asambleas.

De esta manera ese alguien, con mente conservadora, corrige no sólo a Pablo -que no distinguía entre hombre y mujer en el Reino-, sino al mismo Jesús, y margina a la mujer en la Iglesia. ¡Tanto es el poder del sistema y de la circunstancia reinante, que impone valores y modela mentes! Es decir, que sofoca y ahoga la innovación. Así se convierte a

la mujer en una víctima más, también del sistema religioso, olvidándose de que Jesús tomó partido por las víctimas y se pronunció en contra de los privilegios del varón, como hizo en el caso del repudio, recuerdo una vez más. (17)

Así se comprende que en las sociedades cristianas las mujeres vivieran marginadas en muchos aspectos hasta nuestros días, debido a que ese cambio, introducido por Jesús, se corrigió en aras de la tradición... Es para reflexionar que la misma tradición -que Jesús no siempre respetó y en algunas ocasiones criticó-, acabara corrigiéndolo e imponiéndose a su Mensaje, deformándolo en algunos aspectos importantes...

¿El hecho de que Jesús sólo llamara a varones como apóstoles es prueba real de la voluntad definitiva del Señor? ¿Acaso podía hacerlo -llamar a mujeres- sin la aprobación de los patriarcas de aquella sociedad, a los que estaban sometidas? Más aún, ¿en aquella sociedad religiosa, tan exageradamente machista, hubieran sido aceptadas como apóstoles? El hecho de admitirlas en su séquito en aquel contexto social y religioso -tan machista, insisto-, ¿no es un primer paso realista y una **sugerencia** de apertura, clamorosa y suficiente...?

Pues bien, la realidad es que con Jesús los hombres pierden privilegios y las mujeres ganan dignidad y derechos, ganan paridad. Los primeros discípulos de Jesús acabaron aprendiendo esta lección novedosa. Por eso tras la Resurrección se hallaban todos reunidos, en compañía de las mujeres y de María, la madre de Jesús. (He. 1, 14 y 2, 1-4)

¿Qué más valoración de la mujer que escoger a una para que fuera su madre? ¡Madre de Jesús, el Señor! Dios encumbra a la mujer, no la somete ni la inferioriza. La eleva. ¿No dice esto nada? ¿No estaremos nosotros en la Iglesia, aún hoy, corrigiendo al Señor? ¿O acaso será que todavía no hemos entendido bien algunos aspectos y valores del Reino? Si es así, como parece, ¿este hecho no nos está sugiriendo que la comprensión plena de su Mensaje requiere más tiempo de lo que nos hemos creído?

Jesús dio los primeros pasos en aquella sociedad tan machista. No fue más de prisa por realismo y porque respetaba los procesos evolutivos de la Historia... Pero esos primeros pasos señalan y dejan el camino abierto... ¿Es razonable y coherente que Dios quisiera a una mujer como madre para su Hijo y la apartara de presidir una eucaristía o que le impusiera silencio en las asambleas o que las descalificara, como en algunos pasajes del V. T.? (¿Cómo hay que entender la revelación en estos casos?) Podría haberse encarnado directamente en un hombre adulto, sin concurso inmediato de mujer alguna, y no lo hizo.

Insisto: ¿No estaremos corrigiendo al Señor, al mismo Dios, con nuestras ideas machistas, tradicionalistas, ancestrales? ¿No es esto crear una mala imagen del mismo Dios?

Con la mujer adúltera y con la mujer a la que le dejó lavarle los pies con sus lágrimas y enjugarlos con su cabello, o con la que ungió sus pies con perfume -¡escenas increíblemente elocuentes!-, Jesús se puso clara y públicamente del lado de la mujer, pese a las críticas. (Mt. 19, 3-10; Mc. 10, 1-12 y 14, 3-9; Jn. 20, 15-18)

La defensa del matrimonio frente al repudio de la mujer -ya en aquel tiempo por motivos fútiles-, ¿no es también una defensa de la mujer y una denuncia del abuso que el

hombre hacía del matrimonio, que muchas veces con razones banales pedía el divorcio, dejando a la mujer desprotegida, y así, para evitarlo, en muchos casos la forzaba a una sumisión humillante? ¿No es esta posición del Señor una protección de un ser indefenso, como hizo con el pobre? (Ver cita nº 17)

Pero donde Jesús valora sobremanera a la mujer es tras la Resurrección -que no es otra cosa que la demostración de que **sigue vivo**, pero ahora en otra dimensión más espiritual-: Se aparece primero a M^a Magdalena y le encomienda el mensaje más grande y sagrado que podía darse a los mismos apóstoles: “Ve y di a mis hermanos...” (Jn. 20, 17-18; Mc. 16, 9 y Mt. 28, 1-10) Ve y di..., es decir, anuncia, **confirma**, precisamente en un medio social androcéntrico en el que el testimonio de la mujer era considerado **inválido**, por poco fiable. Esto constituye una nueva ruptura de la tradición, como el sábadó, así como también de algunos pasajes bíblicos antifeministas.

Una mujer es el primer apóstol, la primera que transmite la gran Buena Nueva **a los mismos hombres y discípulos**. ¿Con este gesto, intencionado sin duda, el Señor no quiso decirnos algo especial? Jesús no improvisaba. Medía muy bien el valor de sus palabras y de sus acciones. Enseñaba con todo. ¿Acaso ese mensaje de M^a Magdalena lleva una carga de profundidad que todavía no hemos entendido suficientemente, como puede comprobarse en ciertas declaraciones respecto al sacerdocio, incluso de algunos de los últimos papas? (Las mentes conservadoras encuentran dificultades para entender la conducta creativa, y la rechazan o acaban corrigiéndola, cuando no persiguiéndola, no lo olvidemos. Jesús y la tradición a veces se llevan mal y se corrigen en algunos aspectos, importantes para la mente conservadora.)

Ante el anuncio de María Magdalena, los discípulos ya no se maravillarían por este gesto -¿o quizá sí?-, como con la samaritana. El hecho es que tras la muerte de Jesús aceptan mujeres entre ellos en sus reuniones y en la oración, incluida María, la madre del Señor, como vimos.

Así se estaba iniciando un gran cambio entre los discípulos. ¡Una gran novedad! Cambio que desgraciadamente aún no se ha consumado. La fuerza del patriarcalismo y del machismo social y religioso fue tan poderosa que paralizó el cambio iniciado por Jesús respecto a la mujer..., y en parte **volvió a esquemas del V. T.** que, por ejemplo, consideraban la gestación y el parto como una mancha, de la que la madre debía ser purificada...

Permitidme sólo dos ejemplos, bien elocuentes, de cómo el espíritu viejotestamentario, introducido en la Iglesia, se ha mantenido, al menos, hasta mitad del siglo XX respecto a la mujer: hasta esa fecha era obligatorio que la mujer llevara velo en la iglesia, y algo todavía más significativo -y degradante?-: Las madres recién paridas, a los cuarenta días del parto, tenían que presentarse en la iglesia con su bebé para ser ¡purificadas! Esta experiencia la viví de niño, como monaguillo, que con apenas diez años no podía comprender que mi madre tuviera que purificarse por haber tenido una niña...

Esto, hoy casi increíble, es historia real, vigente hasta mediados del s. XX. ¿Tal imposición, **por influjo viejotestamentario**, no enseña, no sugiere nada? Piénsese humildemente y con lucidez... El V. T., que Jesús había superado, en algunos aspectos

como éste, siguió vigente en la Iglesia, pese a que iban contra el espíritu del Reino del Señor. (Otras religiones se encuentran, en general, quizá peor en este tema.)

Tenemos que retroceder al Evangelio, es decir, a la praxis de Jesús, y reiniciar las actitudes, que el Señor y Pablo mantuvieron con la mujer, con todas las consecuencias.

Las fuerzas conservadoras necesitan reflexionar estas cosas, no para reordenar y reforzar sus prejuicios, sino para preguntarse humildemente si están siendo infieles al Espíritu del Señor. ¡¡La mujer está marginada en la Iglesia de Jesús!! Como antes lo estuvo en la universidad, en la judicatura etc. etc. (Piénsese nada más que en Concepción Arenal y sus estrategias para poder realizar estudios superiores, a fines del siglo XIX.)

La Iglesia también en esto se halla sometida a los valores de su tiempo, y desde ellos interpreta algunos aspectos de su fe, con lo que, si no se vigila, llega a ahogar el Espíritu del Señor. Espíritu no discriminador, sino innovador, creativo e integrador.

¡Una vez más, la Iglesia -por vivir y **sentir** con un esquema mental antiguo, medieval-romano o bizantino- va detrás en los cambios; detrás y a contracorriente de las mismas sociedades conservadoras, que en algunos aspectos como éste evolucionan y corrigen algunos errores! Todo ello recuerda a Teresa de Ávila y sus críticas a la sociedad y a la Iglesia por la valoración y el trato humillante dado a la mujer... “Como todos son varones -en la Iglesia jerárquica-, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa”, dirá en Camino de perfección.

Esto proclama en voz alta lamentablemente la gran, la terrible fuerza del conservadurismo en la Iglesia, que se resiste a aprender y a cambiar esquemas..., pese a que se queda atrás y sola..., -¿inconsciente?- de que su inmovilismo no es más que una defensa de prejuicios, probablemente interesados en muchos casos..., lejos del espíritu del Señor, todo novedad y libertad. (Llegados aquí, una pregunta: ¿No sugiere nada aquél “sentire cum Ecclesia”, tan insistente por parte de la “jerarquía”, de tiempos modernos?)

Todo esto recuerda aquellas palabras del gran historiador Toynbee: Las religiones tradicionales difíciles lecciones tendrán que aprender, si quieren sobrevivir... Si quieren escuchar al Espíritu, pensamos ya muchos. (18)

La Iglesia jerárquica, en muchos casos obcecada por la tradición, sin sentido crítico innovador, ha sido y todavía es un obstáculo para la renovación. De ahí que se reafirme tanto en actitudes de contra-reforma, incluso en pequeños, pero significativos, detalles.

Esto lo está comprobando y sufriendo el nuevo papa Francisco, moderadamente innovador, que en una entrevista a la televisión llegó a afirmar: “Es más fácil hablar con un terrorista que con el protocolo”... (Tiene tela esta frase... Pura y lamentable rigidez. El protocolo..., otra manifestación del sábado.)

7. Amigo de pecadores

Jesús rompe tradiciones sacralizadas inaceptables (no sólo la del sábado o la de lavar las manos o el ayuno...) Acepta la invitación a comer con publicanos y con pecadores. (Lc. 5, 27-34 y 15, 2)

Y como le critican -también en esto rompe otra tradición-, se muestra asertivo y defiende su postura: No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos.

Como los niños, también los rechazados por la sociedad y por las normas religiosas debían sentirse bien con Jesús, que no los juzgaba ni los sermoneaba. Sólo ofrecía acogida, trato cercano, comprensión, bondad y amistad. No necesitaba hablarles mucho de Dios, y seguro que se interesaba por sus familias... y sus problemas. Con su presencia, con su vida era tan elocuente que casi sin palabras invitaba al cambio, arrastraba a hacer el bien. Viéndolo, sabían lo que significaba su presencia.

En el fondo esto también ocurría porque miraban a Jesús sin prejuicios, con deseos y necesidad de tener un corazón limpio. Cosa que no sucedía con otros que, blindados, se creían puros, sin mancha...

Pero el Señor no sólo come y bebe con ellos, no rechaza su invitación y sus platos, también se hospeda, es decir, comparte, entabla amistad, disfruta momentos entrañables, en los que se produce como consecuencia de esa amistad un acercamiento a Dios y al prójimo. Dejo la mitad de mis bienes, le dirá uno... (Lc. 19, 8-10)

Estos publicanos y pecadores tienen la conciencia más sensible al mensaje del Reino, no se resisten a él, se dejan convencer, y cambian, se transforman. Cosa que el mundo religioso oficial de entonces no hará. Sólo pedirá más señales, pero como su corazón no está dispuesto, como sus valores e ideas son las "adecuadas", no dudan ni se cuestionan... Por eso Jesús recordó en una de sus parábolas: aunque un muerto resucite, no le creerán. (Lc. 16, 31)

La verdad está con ellos y de parte de ellos, la verdad y la razón la tienen ellos... Por eso no son receptivos, no cambian. Por eso acaban vigilando y persiguiendo al que piensa y habla de otra forma...

El pecador arrepentido está más cerca de Dios que el puritano, que el integrista, que el fundamentalismo religioso. Pero el dirigente apegado al tradicionalismo no lo ve. Siempre ha sido así.

Después de tanto tiempo, de tanta historia, deberíamos haber aprendido algo. Siquiera a dudar un poco de nosotros mismos y de nuestras certidumbres. Pero los prejuicios, la suficiencia y el sentirnos en estado de gracia y asistencia permanente lo impiden. El pecador consciente y arrepentido es humilde, reflexiona, reconoce y cambia. El soberbio, el que se cree suficiente, no reflexiona más que para autoafirmarse y para justificar sus prejuicios, su rechazo, su intolerancia o su persecución. Desde el poder se refuerzan más las tradiciones, los prejuicios y los intereses.

El cristianismo tiene más posibilidades de aceptación entre gente pecadora humilde que entre mentes prepotentes, con grandes intereses o con ideas fijas, blindadas, autoconsagradas. Con éstos últimos corre el riesgo de rechazo o de manipulación y acomodación del Reino a esos intereses o ideas.

Pretender cambiar, desde arriba, el sistema socio-religioso -de entonces y de hoy-, que era y es en muchos aspectos antievangélico, es casi una quimera, resulta tan difícil como pasar un camello -una sogá- por el ojo de una aguja... Es más fácil y probable que se produzca una conversión auténtica al revés, desde abajo. Desde arriba lo más probable es que se aburguese la interpretación del Evangelio, que se aburguese el Reino, y la Iglesia y muchos dirigentes vivan una religión para burgueses espirituales... ¡Burgueses cristianos! Cristianos aburguesados, como veremos más adelante.

Y sin embargo, el cambio de los de arriba, de los poderosos, es también necesario, es imprescindible para que se haga la voluntad de Dios en la tierra... Ésta es la gran conversión pendiente y altamente responsable. Oremos confiada e insistentemente, y presionemos unidos todos los creyentes y gente de buena voluntad, para que esos demonios poderosos, más difíciles de expulsar, acaben cediendo... Desde un testimonio fiel y convincente, oremos, denunciemos y confiemos, convencidos de que para Dios es posible ese cambio.

8. Misión apostólica de los discípulos

Para emprender esta misión, Jesús demanda -no aconseja sólo- un estilo de vida personal que sea puro testimonio, puro desinterés; un estilo de vida sobria, sin posesiones -no confundir con vida pordiosera, mendicante-, y de confianza en Dios, aunque en última instancia es Él quien atrae y convierte.

Una religión o un apostolado asociados a comodidad, a intereses creados, a sueldos excesivos, a riqueza, a poder, a ostentación, a mansiones, a palacios... no son evangélicos. Un mensaje así estaría desvirtuado ya de partida. Carecería de autenticidad y contribuiría a crear una mala imagen de la religión e indirectamente del mismo Dios, que aparecería como poco creíble.

Los que creemos, no podemos olvidar la parte humana de la Iglesia, que está hecha de fragilidad e incoherencias -Jesús nos lo dejó claro-, y éstas no deberían minar nuestra fe, que es fe en Dios, no en los hombres, por mucho que digan que lo representan.

Sin embargo, puesto que sabemos que el testimonio influye en la fe, el creyente apóstol -y todo creyente tiene algo de apóstol, de testigo- debería sentirse muy responsable de su conducta, ya que por lo que practica más que por lo que enseña puede ser testimonio o contratestimonio, y origen de acercamiento o de alejamiento.

Si se predica desde el contratestimonio se anda quizá más cerca del escándalo que de la misma falsedad. El testimonio de vida, que es en primer lugar entrega de amor humilde, es fundamentalmente servicio y gratuidad. Nunca peana de culto y medro personal. Para un apóstol de Jesús el único medro personal deseable es el crecimiento en ese amor humilde, que se manifiesta en el servicio altruista y en el ejemplo de vida.

Quien viva así se sentirá satisfecho y regresará del servicio contento, como regresaron los discípulos de su misión. Esta es la lección del Señor: El testimonio de vida es tan

esencial o más que la palabra. La palabra sin la coherencia del testimonio no convence o convence poco.

Por eso resulta difícil entender algunos “estipendios” dentro de la Iglesia, en la Curia..., por ejemplo, aunque la Curia sea la parte menos cristiana de la Iglesia...

La autenticidad es la palabra encarnada en el testimonio de una vida ejemplar y moderada. Con razón decía S. Francisco, siguiendo al Señor, -lo reitero-: “El mejor predicador es fray Ejemplo”. En la misión de los discípulos hay mucho mensaje que no acabamos de entender bien, y que reservamos sólo como opcional para la perfección, y según las palabras de Jesús este tipo de testimonio no es opcional.

El apóstol -el obispo, el sacerdote, el religioso, el que se confiesa creyente y seguidor **cercano** al Señor- proclaman y testifican **con su vida** el Evangelio de Jesús o alejan del Reino. Quizá por eso la gente acabó distanciándose de la Iglesia, porque no veía en ella testimonio que la acercara a Dios.

Un sacerdocio sin testimonio es una contradicción, es una pena de vida. Un testimonio de poca fe. Por eso resulta tan difícil de entender a un obispo viviendo en un palacio (y vestido con capisayos de colores llamativos, chillones y con un bastón de plata) o a un sacerdote demasiado preocupado por los “estipendios”... o a un instituto religioso acumulando y justificando su granero, diciendo que es para la causa de Dios... La causa de Dios se extiende en primer lugar con el testimonio de vida...

Si se exigiera más testimonio, menos honores y títulos pomposos, y vida más sencilla, más moderada y austera en los llamados curiales y religiosos, tal vez se reduciría el carrerismo y el tufo mercantil clerical, que tanto daño ha hecho y aún causa hoy en la Iglesia de Jesús.

9. Pasó la noche orando

Como vimos, Jesús no fue un penitente, un asceta como Juan Bautista. Comía, bebía y vestía con normalidad. Pese a que conocía a fondo la fragilidad humana, miraba al hombre con sentido positivo, muy positivo, por lo que se hallaba en desacuerdo con el sistema social, tan injusto y doloroso, que dominaba y sometía al hombre.

El ser humano, para Él, tenía un valor absoluto, por ser hijo y amado de Dios, pese a lo débil que era.

Pero precisamente porque era débil, -muy frágil-, Jesús le exhorta a la oración frecuente, como alimento para fortalecer el espíritu. Él fue modelo también como hombre de oración: se levantaba con frecuencia de madrugada para ir a un lugar solitario a orar. (Mc. 1, 35; Mt. 14, 23 y Lc. 6, 12)

Orad para no caer en la tentación. La carne es débil..., nos advirtió. (Mt. 26, 41) Él mismo lo experimentó en Getsemaní: Al ver inminente su fin cruento, se entristeció, empezó a temblar y a sudar como gotas de sangre, necesitó a sus más íntimos más cerca

de Él, no le importaba que lo viesen débil ni por eso se sentía humillado. Quería además que fuesen testigos y aprendiesen la lección. Fue ésta una de las últimas, más grandes e impresionantes lecciones que nos dio.

Rogó al Padre que pasase de Él el cáliz terrible de la crucifixión. Oró insistentemente, y en la oración se revistió de tanta fortaleza y paz interior que su entereza en la pasión fue admirable, impresionante, heroica.

En otras ocasiones, Jesús recurría a la oración para comunicarse con el Padre, a veces en pura contemplación divina, como en el Tabor. Pero en la noche de Getsemaní recurre a la oración para implorar fortaleza, para no desfallecer, para asumir con paz interior la cruz que le esperaba.

Éste es uno de los ejemplos más impresionantes de Jesús, ser humano como nosotros. Experimentó el miedo, el terror, la debilidad del cuerpo, -y quiso que lo supiéramos-, pero no cedió. Con la oración, -una oración larga, sufrida, paciente y humilde-, transformó la debilidad en fortaleza y en paz interior.

Ésta es la formidable lección, humilde, que quiso darnos: asumir que la carne es débil y que es necesario orar para no desfallecer. ¡Cuánta madurez y sabiduría se transluce en una persona aún tan joven!

Pedro, poco consciente de su debilidad, no oró, rondó el peligro y cayó. Los demás se echaron a dormir y en el momento de la prueba huyeron. En este marco tenemos una representación cabal del comportamiento humano y religioso: Jesús orando, implorando fuerzas para no desfallecer y poder dar testimonio, y sus seguidores, muchos de sus seguidores durmiendo, inconscientes, ajenos a la pasión que están sufriendo muchos hermanos...

Tomás Moro, recordando la conducta y deserción de los obispos ingleses ante Enrique VIII, se limitó a decir: Se echaron a dormir, como los apóstoles en Getsemaní... Por eso huyeron y desertaron. Este sueño se ha repetido muchas veces en la historia de la Iglesia... También hoy, desgraciadamente.

Porque es vivir al margen y dormirse el guardar silencio ante el sufrimiento que causa esta crisis, -y las crisis endémicas de tantos pueblos-, mientras unos pocos ven incrementados sus beneficios o sus sueldos de modo clamorosamente impúdico, repugnante, patológico. Pues es pura patología y ceguera lo que está ocurriendo en muchos casos. No se dan sólo ludopatías, también hay muchas crematisticopatías, que crean una irrefrenable adicción, en muchos casos tal vez patológica.

Como somos personas de poca fe, como oramos poco, carecemos de la fuerza necesaria para no callar, para no huir, para no guardar silencio ante los poderosos... Por eso caemos tan frecuente y reiteradamente en la tentación, también en la de pasar de largo ante los sufrimientos ajenos.

10. Jesús y los enfermos marginados, los apartados, los segregados...

Dios no aparta o margina a nadie. Más bien, acoge con más amor cuanto más indefenso se encuentre. En nombre de la salud no se puede utilizar la religión para *aparheids* inhumanos.

En alguna ocasión Jesús rompe otra tradición y se acerca y permite que los leprosos se acerquen a Él. Los toca y si se lo piden, los cura. En este caso les recomienda acreditar su curación para que los acepten en el grupo social. El Señor no rechaza, una vez más acoge e integra.

Este gesto, tan elocuente y revolucionario, manifiesta una vez más que el ser humano es más importante para Él que las normas; y que las normas que relegan al hombre indefenso, injustamente, no son aceptables. Toda norma -o mito- que someta al hombre indebidamente, como el sábado, no merece acatamiento. El ser humano, y más si sufre, debe ser prioritario en nuestros afanes y en nuestra organización social ética.

Los *aparheids* por etnia, sexo, origen, cultura, lengua, religión... no son cristianos ni humanos. No se puede utilizar una religión con fines espúreos. Ésta es una nueva lección tácita del Jesús humanizador, del Jesús innovador, creativo. Una sociedad cristiana no puede utilizar su lengua -es sólo un ejemplo- para efectuar *aparheids* o imponer exclusiones o inmersiones excesivas, tendenciosas... Y, en mi opinión, si los dirigentes religiosos consienten o se callan, si de alguna manera colaboran, son cómplices..., infieles al espíritu del Señor. En este caso, es muy probable que muchos “seguidores” de Jesús justifiquen sus prejuicios..., y así acomoden el Reino a reinos de la tierra...

(Permítaseme una pequeña anécdota real, que refleja lo que digo: En un pueblo de las Rías Bajas en el que se habla ordinariamente el gallego y la gente siente apego por él, en verano, sin embargo, con la llegada de turistas de fuera, las misas y homilías se dicen en castellano, “a fin de que todos entiendan y puedan participar...”, dijo un día el sacerdote. A mi juicio, esto es espíritu cristiano, que está por encima de los nacionalismos cerrados y de los *aparheids* o inmersiones lingüísticas forzadas. Disculpas por tocar un tema tan emotivo-visceral.)

11. Otras conductas de Jesús, que también son lecciones muy elocuentes.

Entre lo mucho a elegir, destacaría estos gestos:

--**Jesús proclamó el Reino al margen del sacerdocio oficial**, como antes habían hecho algunos profetas y el mismo Juan Bta. Incluso alguno, como Ezequiel, dirigió frases muy duras a los sacerdotes por su conducta poco ejemplarizante...

El hecho de declarar la Ley -el Pentateuco... con el sacerdocio levítico- como finalizada en Juan, y a partir de él se anuncia el Reino, es decir, algo nuevo y mejor, sintetizado en la persona de Jesús de Nazaret, ¿qué quiere decir? ¿Cómo deben interpretarse esas palabras y esa conducta independiente?

Esta conducta -reitero-, ¿no quiere decir nada? ¿No nos estará invitando a una reflexión humilde -no rebelde ni fanática- a todos, también a los mismos sacerdotes y a la alta

jerarquía en particular? ¿Acaso sugiere que en la acción de su gracia el Señor y su Espíritu actúan con más independencia de lo que muchas veces se ha enseñado? ¿Sugiere tal vez que no se apropien algunas funciones tan en exclusiva...?

En cualquier caso, esta actitud hace pensar... Como mínimo, da la impresión de estar convencido de que sólo al margen del sistema religioso oficial podría anunciarse el Reino, tal como hizo. ¿Con esta conducta Jesús no está desacralizando cosas consideradas sagradas? ¿Acaso nos sugiere hoy la revisión de estructuras, jerarquías sacralizadas etc., propias de otros tiempos?

--**El suspiro profundo** ante la resistencia a creer, ante la falta de fe que observaba entre los jefes y fariseos, que pedían más pruebas... (Mc. 8, 12) El aferramiento a la tradición, el legalismo integrista y la contumacia humana ciegan y no permiten reconocer el valor de lo bueno diferente, de lo nuevo. No admiten mensajes innovadores por muy admirables que sean, por mucho que muestren el sello de Dios. Siempre pedirán más pruebas...

Quien abra otra senda, distinta a la tradicional, es un disidente peligroso, al que hay que vigilar y acaso perseguir... No cabe más verdad ni interpretación que la tradicional, es decir, la suya. Sólo admite gente con mente uniformada. Así es de contumaz y resistente el muro dogmático de la tradición: se opone, no deja entrar, condena, persigue y, si es necesario, elimina.

Sin flexibilidad y pureza de espíritu no es posible abrirse a Dios de un modo auténtico, por mucho que se llame a la puerta o se invoque su nombre.

Por eso el profundo suspiro del Señor ante la resistencia a una visión nueva, renovadora. ¿Esto no nos dice nada precisamente hoy?

--**Los discípulos, con hambre, comieron espigas de trigo en campo ajeno:** ¿No hay aquí una lección implícita? Jesús no corrige a sus discípulos por la acción, sino que los defiende... ¿No nos está enseñando -una prueba más de su flexibilidad y de su jerarquía ética de valores- que en caso de necesidad todos los bienes de la tierra son, de alguna manera, comunes, y que la propiedad privada tiene sus límites en determinadas circunstancias? Para el Maestro la necesidad humana prevalece incluso ante lo sagrado, como dijo alguna vez. ¿No sugiere esta conducta que los que más tienen deben aportar más, si es preciso, a fin de que no haya hambre en la tierra? Con un mejor reparto y una inversión más justa y solidaria -no en armamentos etc.- no habría hambre ni dolor evitable en la tierra.

--**Jesús expulsa del templo:** No tolera negocios ni traficantes a la sombra del templo. La religión es gratuidad, nunca mercado. Es donación y amor humilde, nunca intereses creados. Es justicia con el hermano en esta vida, pero también desprendimiento, desapego y sentido de trascendencia.

El nombre de Dios se profana y se deforma cuando se lo mezcla y asocia al negocio o a la riqueza. Sin embargo, ¡cuánto tráfico y comercio interesado, material y “espiritual”, se ha introducido en la Iglesia de Jesús a través de la historia! ¡Cuánta basura se ha acumulado en el templo y cómo hemos convivido con ella sin rubor de conciencia! ¡Y cuánto se ha silenciado o seudo-justificado con una interpretación

burguesa del Evangelio! ¡Hasta se ha comerciado con la salvación! (Piénsese en las indulgencias y en las “ánimas” del purgatorio, por ejemplo.) ¡Cuánta espiritualidad ha corrido como moneda falsa, a veces promovida por los mismos maestros y pastores! ¡Cuántos silencios cómplices han permitido ese tráfico! ¡Cuánto IOR, claro o encubierto!

¿Cómo es posible que la Iglesia oficial, seguidora del Señor, haya creado y protegido ese tal IOR, a veces encubridor de corrupciones escandalosas, y aún hoy algunos curiales se resistan a sanarlo y reconvertirlo? ¿Nos diferencia del negocio del templo, ante el que **Jesús tomó el látigo**? ¿No vemos que hemos caído en los mismos vicios que el Señor condenó? ¡Cuánto contra-testimonio! ¿Nos sorprende que el pueblo sea cada vez más indiferente y esté más alejado de la Iglesia? ¡Cuánta necesidad urgente de cambio, de conversión dentro de la Fraternidad de Jesús! ¡Cuánta necesidad de un Vaticano III, que no se reprima, como el segundo! ¿El bloqueo y marginación del Vaticano II no fue un retorno a la tradición secular -más amiga del poder que de servir y compartir-, en contra de la **innovación** que aportaba, siguiendo al Señor? Ese bloqueo y marginación -que implícitamente equivale a una clara desaprobación-, ¿no constituye un mal ejemplo, y acaso, sin pretenderlo, una invitación...? Es necesario re-evangelizar la tierra, comenzando por la Iglesia, por la curia y sus dirigentes que **no sirven**...

¡Ven de nuevo, Señor, y expulsa estos demonios, que también trafican con especulaciones, con intrigas, con sucesiones y ascensos, con retiros en mansiones lujosas, con los bancos, con los paraísos fiscales y la bolsa, con la tradición... a la sombra de tu templo!

--En este mismo contexto cabe reflexionar también acerca del gesto de montarse en un **borriquito** el día de Ramos. ¿No es una clara lección; más, no es una directriz a seguir por parte de los servidores del Reino? ¿Con este gesto no quiso advertir contra lujosas monturas, contra lujosos carruajes con séquito etc., que se impusieron más tarde entre los altos “servidores”, encumbrados en tronos, tiaras y palacios espléndidos, que tanto escándalo y deformación y alejamiento han producido a través de los siglos? ¿Este hecho no sugiere nada para hoy...?

--Otra lección increíble: **Se levantó de la mesa y les lavó los pies** (Jn. 13, 5-9) Tengo la impresión de que los seguidores del Señor hemos reflexionado poco este hecho o acaso lo hemos indebidamente sublimado. Quizá porque nos turba íntimamente. Y sin reflexión suficiente no entenderemos bien lo que significa y la importancia de lo que quiso enseñarnos. ¿El lavado de los pies en nuestras celebraciones del Jueves Santo es en realidad más que un rito sin trascendencia? Si es así, entonces hemos desbravado la imponente lección del Señor..., lección que debería tener más poder de convicción y de arrastre que una parábola. El lavado de los pies... es una lección tan grande o más que una parábola, lleva en sí un mensaje con gran contenido y de aplicación permanente, porque es praxis.

El lavado de los pies es una lección y parábola **para los que sirven**, para los que deben servir, y sin embargo **se encumbran**. No tanto para el pueblo sencillo. Los llamados a servir deberían aprender mejor esta lección, y repasarla con frecuencia.

El mensaje evangélico es amor humilde, y quien esto no entienda lo que significa e implica en la vida, no entiende nada o entiende muy poco al Señor. Y la historia nos enseña que, si no nos desprendemos de nuestros condicionamientos o poderes egocéntricos, a veces muy sutiles, no resulta fácil comprenderlo y asimilarlo. Sólo viviendo de verdad esta lección es posible ser profunda y auténticamente cristiano, servidor y pastor, que cura y protege y carga y lava...

¿Lavar los pies en la ceremonia del Jueves Santo no se aproxima a cierta hipocresía - aparte de constituir una contradicción-, si uno como servidor no sirve humildemente, si vive en un palacio o en una mansión, si se encumbra en su poder y no escucha a sus hermanos, si rechaza acuerdos de la Comunidad de creyentes que quieren nivelar más su poder etc.? ¿No es éste un verdadero sentido del lavado de los pies?

Algunos actos de Jesús son tan aleccionadores, tan importantes o más que la doctrina expuesta con palabras. Lavar los pies es capacidad de servicio humilde, sin esperar correspondencia. Sin humildad no es posible entender a Jesús ni a Dios; sin humildad no es posible servir auténticamente al hermano. Y servir es una función fundamental en la Iglesia de Jesús, como lo es el amor. Sin humildad no es posible amar de verdad, a fondo; sin humildad no es posible vivir un sentido profundo de fraternidad y de unión... No olvidar que lo contrario a humildad es orgullo, es soberbia, es auto-endiosamiento, es tendencia a ser el primero, es incapacidad para servir.

Lavar los pies es no encumbrarse ni subirse a un pedestal, es no vestir ni vivir

con ostentación, es conformarse con poco, con una vida moderada, sobria, sin lujo alguno. Es no exigir trato ni título preferente, es no concebir el servicio como un mando superior inapelable, es no imponer sometimiento y obediencia como un jefe absoluto. Es dar y recibir trato de hermanos iguales, es no juzgar ni condenar, es perdonar siempre, es no creerse exclusivamente con la razón y la verdad. Es escuchar y consensuar y no creerse suficiente. Es antisoberbia y antiorgullo. Es antipoder.

Es, en fin, conciencia de ser un hermano más, que está al servicio. Y éste es el honor. Lo cual es anticarrerismo. Quien viva y se dedique al carrerismo no es discípulo de Jesús. No puede ser cristiano auténtico. Se halla por convertir en zonas esenciales de su fe. El seguidor de Jesús es amor y servicio humilde o está lejos de entender y asimilar lo que significa el Reino.

Tan importante fue aquella lección que, después del lavado de los pies, Jesús preguntó si habían entendido bien lo que acababa de hacer y sugerir.(Jn 13, 12s.) Aquella pregunta iba dirigida para todos los tiempos y para todos los servidores. Y preguntó porque lo que había hecho era muy importante -la pregunta era un modo de resaltar la importancia de la lección-; lección que no resulta fácil entender, asimilar y convertirla en modo de vida, en testimonio.

Pero hay un detalle más: Jesús lavó los pies y tuvo en su mesa al mismo Judas, a Pedro... Fue asertivo y amable, sin pizca de resentimiento. No rechazó ni condenó. Sólo lamentó y avisó y predijo...

Me parece que esta lección está todavía por profundizar y asimilar en la vida de la Iglesia. El lavatorio de los pies es más, mucho más, que una emocionante escena de la vida de Jesús. Es mucho más que un recuerdo escénico -mero rito- de cada jueves santo. Rito que si no se interioriza a fondo, por parte de los que sirven, tal vez tiene poco sentido repetirlo, pues lo devalúa.

Y esto porque toca en el meollo del ser cristiano. Creo -insisto- que esta impresionante lección la pensamos y vivimos poco. Diría que únicamente de Ramos a Pascuas. A mi entender, se halla muy poco incorporada en nuestra conciencia cristiana, sobre todo en los que sirven..., muchos de los cuales, en vez de servir, se sirven, abusan del poder. (En la historia así ha ocurrido reiterada y lamentablemente durante siglos...)

Pero, en mi opinión, hay un detalle más que tal vez afecte de alguna manera a la misma teología teórica, sutilmente monofisita: ¿El Cristo Pantocrátor de la capilla sistina, por ejemplo, se compagina bien con el Jesús que lava los pies y se declara servidor de todos, que -sin dejar de ser crítico- acoge y no condena o prefiere la compañía de pobres y pecadores? ¿Se compagina bien con ciertas rigideces doctrinales, que cargan pesos extremadamente duros, y que además algunos declaran inapelables? Piénsese, méditese en oración humilde. Caer en la tentación del poder es lo contrario a lavar los pies. Es no entender esta lección.

--**La Eucaristía:** Es llevar el amor y la humildad hasta el extremo. Cuando uno ama mucho, no quiere apartarse de la persona o personas que ama. Quiere seguir siempre a su lado, acompañando, echando una mano... Me voy, porque os conviene que me vaya, dirá; pero el amor se ingenia cómo quedarse...

La Eucaristía es la creatividad llevada al extremo. Y ante esto no cabe decir más. Sólo el asombro y un amor humilde como respuesta. No sé cómo, pero el Señor está ahí presente... entre nosotros, acompañándonos... ¡Es el Amor más inefable y más inesperado! ¡Es el amor más creativo! Por eso, al final de la consagración en la misa, creo que no debería decirse: “Éste es el misterio de la fe”, sino “éste es el testimonio del amor que se queda con nosotros”, o algo así.

--**Jesús y el poder:** Sorprende el silencio ante Herodes, cuando Pilatos se lo envió. Y es significativo que el Señor en su predicación no se acercara nunca a Tiberíades, residencia de Herodes, del que no tenía un buen concepto. ¿Por qué esa actitud tan rotunda? ¿Acaso quiso decirnos que no es bueno acercarse y menos asociar el Reino con las altas esferas corruptas, por el riesgo de contaminación y de que nos utilicen para sus intereses en contra del hombre? ¿Esta actitud es tal vez una sugerencia de que altar y trono, como ha ocurrido tantas veces en la historia, no deben unirse, porque no dan testimonio y desfiguran el Reino, pues sus objetivos son muy distintos, frecuentemente contradictorios? ¿Y también que no imitemos ni organicemos -no deformemos- su Reino, como si fuera un reino de la tierra?

En cualquier caso, ese silencio de Jesús es muy significativo: es una lección que requiere más reflexión y ser tenida mucho más en cuenta... Quizá sea éste uno de los aspectos que merecen más revisión, más examen de conciencia y tal vez más cambio en la manera de pensar y de actuar en la Fraternidad del Reino, que ha caído en la tentación del poder y de los privilegios del poder. Que, con tanta frecuencia, ha caído y aún cae en la connivencia y en el apoyo a intereses egocéntricos, partidistas, del poder... Recordemos aquél “por Dios, por la Patria y el Rey...”, que tanta simbiosis y contaminación introdujo en la Iglesia..., Iglesia que aún hoy utilizan muchos...

En suma, ¿el Señor quiso decirnos que, como Dios y dinero, tampoco altar y trono son compatibles...?

--**Dio un fuerte grito y espiró:** En la vida de Jesús siempre hay un porqué, aunque no siempre sepamos entenderlo bien. ¿Por qué ese “fuerte grito” y en ese preciso momento? ¿No será porque en ese momento acudió a su mente todo el horror y sufrimiento injusto a través de la historia, y lo expresó con un grito poderoso de denuncia, de rechazo del sistema religioso y político que lo llevó al patíbulo, de adhesión clamorosa con los crucificados de la tierra, de repugnancia estridente por tanta vileza y crueldad que asola la tierra? (19)

Jesús seguro que quiso decirnos algo de denuncia y desaprobación con ese grito tan rotundo. Porque es repugnante e inmoral tanta barbarie. Es repugnante e inmoral y patológico ese sistema que oprime, que genera tanto dolor y sufrimiento, que mata y crucifica ensañándose con el débil.

Ese grito es un ¡NO MÁS!, es un ¡BASTA YA! de tanto horror y tanta ceguera. Es un ¡qué asco! Es, parece, una reprobación sonora y contundente del sistema, que causa tanto sufrimiento y tanta muerte inocente.

--Una de las últimas lecciones de enseñanza con hechos, sin palabras, se encuentra -a mi juicio- en el evangelio de Juan, 21, 1-18: Jesús se aparece a algunos de sus discípulos -Tomás, Natanael, Pedro, Santiago, Juan...-, que inicialmente no lo reconocen. Pero Juan enseguida se da cuenta de que es el Señor, y se lo dice a Pedro... Éste **escuchó a Juan y a través de él** tomó conciencia de la presencia del Señor...

No pretendo “sutilizar” demasiado; pero ¿se puede negar razonablemente que esa “ceguera” de Pedro -y la clarividencia de Juan- no conllevan una lección más, precisamente en el momento en que iba a encomendarle la dirección de su Iglesia? Como dije antes, Jesús no improvisaba, y muchas de sus palabras tenían una carga de profundidad, que no se entendían en una primera lectura.

¿Este dato acaso está sugiriendo que Pedro discrimina mejor cuando escucha; más aún, que debe escuchar, pues tal vez haya discípulos que adivinen mejor la presencia del Maestro y sus intenciones en el desarrollo de su Reino en la tierra, dentro de la historia? ¿Este pasaje sugiere también la necesidad de una mente abierta, más humilde y receptiva, con capacidad de escuchar sin prejuicios ni exclusiones, a fin de percibir mejor la acción del Espíritu renovador dentro de la Fraternidad de Jesús de Nazaret? ¿Alguien será capaz de negar que el Espíritu más de una vez nos hable o nos enseñe a través de un llamado

“sospechoso de herejía”? Si hubiésemos aprendido de algunas enseñanzas del Señor, y de la historia -comenzando por los Hechos de los apóstoles-, se habrían evitado errores muy graves...

Aunque hay muchos a través de los tiempos -incluso en nuestros días-, baste recordar un solo ejemplo: Francisco de Asís entendió mejor el espíritu evangélico y la presencia del Señor en la tierra que Pedro -su contemporáneo, Inocencio III (con el que habló personalmente)-, quien en el concilio IV de Letrán aprobó la persecución y condena de herejes a través de la inquisición... Inocencio III -Pedro- (y sus sucesores) no escucharon el mensaje de Francisco..., y en vez de reconocer y aceptar la parte de razón de los hermanos críticos y disidentes -comenzando por corregir desviaciones y abusos propios-, se limitaron a perseguirlos y a dar más poderes represivos a la inquisición...

--Otro dato: **Pablo**. Llama la atención y sorprende que a los dos-tres años de su muerte, Jesús salga al camino de Pablo, perseguidor, y lo elija como uno de sus discípulos, entre los apóstoles. Perseguidores había ya muchos. ¿Por qué Pablo? ¿Por qué esta llamada a seguirle por vía, diríamos, extra-canónica para formar parte de su grupo más selecto y testimonial? ¿Porque los primeros seguidores convertidos, incapaces de entender bien al Espíritu, ya se estaban judaizando y vertían el vino nuevo del Reino en odres viejos del antiguo Testamento? ¿El anuncio del Reino necesitaba tan pronto sabiduría nueva y odres nuevos? ¿Para demostrar que el Espíritu sopla donde quiere y no siempre coincide con lo que piensan sus “servidores” legítimos? ¿Para recordarnos que su Reino es novedad e innovación, que requiere una mente nueva que rompa más decididamente con lo viejo, las tradiciones, la Ley...? ¿Para sugerirnos que es necesario introducir sabiduría nueva cada poco, a fin de no caer en la tentación de una vuelta a lo tradicional...? (Ver Gálatas, cap. 2)

Sea como fuere, Pablo se introdujo como un abortivo revitalizador. ¿No es esto una lección más que nos enseña que los planes de Dios no están sujetos a sendas hechas y quiere espíritus con mente nueva, que revitalicen la Iglesia? Jesús quiere mentes creativas, que rompan con tradiciones paralizantes que entrañan inautenticidad y conducen a involuciones...

Es significativo que el Señor elija, por vía extraordinaria, a un discípulo que es creativo, y al que luego vigilarán y hasta perseguirán los nuevos creyentes conservadores, incapaces de entender bien la Buena Nueva de Jesús.

Pablo, innovador -que en algunos pasajes de sus cartas arriesga y ronda los límites de la doxia-, primero fue perseguido por los ortodoxos judíos, y después cuestionado por los cristianos conservadores y judaizantes. Pues bien, este Pablo innovador fue elegido por Jesús en aquellos precisos momentos en que se iniciaba o estaba a punto de iniciarse, por un grupo de conversos, una cierta involución en la sede madre, Jerusalén. ¿Esto no quiere decir nada?

Sólo una pregunta más: ¿No sigue ocurriendo lo mismo en la Iglesia de hoy? ¿Acaso de nuevo estaremos corrigiendo al Maestro, cuando laminamos a los innovadores y marginamos a los teólogos que traen sabiduría nueva? El mensaje de Jesús necesita discípulos con mente innovadora, no aferrada a tradiciones y doctrinas viejas, agotadas o estériles.

Una característica decisiva de la Naturaleza, de la vida, de la especie humana, es su capacidad de adaptación al medio, a la evolución del universo, que le permite la supervivencia y el crecimiento. La capacidad de adaptación se halla inscrita genéticamente en las mismas células de la vida, forma parte de su diseño vital, cuyo objetivo en el hombre es esencialmente el **crecimiento**, no la adaptación pasiva.

Pues bien, a las organizaciones humanas les ocurre lo mismo: si quieren sobrevivir y perdurar, tienen que evolucionar y adaptarse a su circunstancia histórica, tienen que innovarse... Si no se innovan, entran en decadencia y acaso perecen, se extinguen.

Algo similar cabe decir de las religiones, y en nuestro caso concreto de la Iglesia: si no se renueva, si se apega al pasado ciegamente, si sobrevalora la tradición y la sacraliza -en opinión de muchos, que comparto-, no sólo sería infiel al Espíritu del Señor, sino que también correría el gravísimo riesgo de la marginación, pues dejaría de ser testimonio fiable. La adaptación -la auténtica adaptación- es una exigencia vital para crecer y madurar... La auténtica adaptación implica posibilidad de cambio. En este sentido ¿una mentalidad **jurista**, por ejemplo, será capaz de entender bien, con la flexibilidad debida, el espíritu innovador de Jesús de Nazaret?

En ese proceso de adaptación caben pasos en falso, es cierto; pero ese riesgo no debe inhibirnos y aferrarnos al pasado, a la tradición, porque el riesgo sería mucho mayor. Sólo nos invita a discernir bien, sabia y humildemente, siguiendo el Espíritu del Señor. Y también a vivir en permanente disposición a revisar y corregir errores, **inevitables** en el comportamiento humano, escuchando al Espíritu que nos habla en cada momento de la historia. Historia que, precisamente por ser maestra, es -debe ser- camino de aprendizaje, de superación y de perfección.

En este tema Jesús nos dio una gran lección que acaso hemos reflexionado poco: con frecuencia se saltó, no respetó la tradición, una tradición que para los judíos era sagrada e intocable. Aquí se observa, una vez más, el espíritu innovador y creativo de Jesús de Nazaret, espíritu que es pura autenticidad, que está por encima de la letra que tanto defiende la tradición y el integrismo.

Así pues, no corrijamos ni adulteremos el espíritu del Señor con nuestras tradiciones, con nuestro tradicionalismo contra-reformador, contra-innovador, que dañan la extensión y credibilidad del Reinado de Dios en la tierra.

Me pregunto de nuevo: ¿Qué quiso decirnos con la llamada de Pablo, innovador -aunque menos innovador que Jesús-, a los pocos años de la puesta en marcha de la Fraternidad de creyentes, de la Iglesia, ya tan apegada a la letra y a la tradición viejo-testamentarias?

--Como un apéndice a estas lecciones con hechos, permítaseme terminar con otra lección muy elocuente, que en Pentecostés nos da el Espíritu enviado por Jesús.

El entendimiento entre distintas lenguas y etnias, ocurrido en Pentecostés, es una indicación de que el Espíritu de Dios, el Mensaje cristiano, va más allá de los límites y fronteras que impone una lengua, una etnia, un pueblo... Pero además esa manifestación

del Espíritu ¿no será una sugerencia de apertura, de una mente sin fronteras..., que facilita el encuentro y el buen entendimiento con todos, cosa que no entendían muchos judíos conversos de primera hora, como se observa en Hechos de los Apóstoles? (He. 10, 27-28; 10, 45 y 11,2)

¿No será una indicación de que el Espíritu de Dios y el Mensaje cristiano encarna valores que se encuentran por encima de los límites de una lengua, de un pueblo, de una etnia...? ¿No será una enseñanza de que el Espíritu de Dios no debe someterse al encorsetamiento de una lengua, de un pueblo, de una nación que se cierra en sí misma y se reviste de esencias, muchas veces míticas, y en base a ellas -y por tanto mirar atrás- cae de hecho en la **idolización e imposición** de esas esencias, y acaso también en la exclusión, y pese a lo cual **se confiesa cristiana**?

Para un creyente cristiano de nuestro tiempo ese buen entendimiento entre gentes de distintas lenguas y etnias y naciones, ocurrido en Pentecostés, ¿qué le está sugiriendo? ¿Acaso que la creación de nacionalismos cerrados, envueltos en banderas o lenguas excluyentes, no se compagina bien con el Espíritu de Jesús? En suma, ¿Pentecostés nos estará sugiriendo un encuentro y una organización fraterna sin fronteras, universal, más allá de creaciones históricas, como los nacionalismos, que tienen fecha de caducidad, como los imperios?

Estas reflexiones ante lo ocurrido en Pentecostés sugieren una nueva pregunta: ¿Se puede dejar la Buena Nueva del Señor en manos de integristas, religiosos o nacionalistas, que manipulan o falsifican la propia historia hasta el extremo de crear mitos cuasi sacralizados, de ocultar la verdad y de utilizar la religión en defensa de esos mitos? ¿No es cierto que lenguas y culturas diferentes -tanto en Oriente como en Occidente-, han contribuido muchas veces a dividirnos de hecho, y pese a ello -y sin escrúpulos-, confesarnos cristianos?

Todo esto -aplicado al pasado y al presente- es lo que vamos a ver a continuación. Pensémoslo humildes..., no sea que caigamos en la tentación de reforzar nuestros prejuicios, revestidos a veces de libreas emocionales, que nos impiden ver claro y renacer, como pretendía el Señor.

3. 4. Enseñanzas con la palabra

Hemos visto algunas enseñanzas por acciones: la conducta de Jesús como lección. Veamos ahora la enseñanza mediante su palabra.

Pero antes permítaseme un paréntesis aclarativo: Desde una perspectiva más lógica -y tal vez más didáctica-, parece deseable exponer primero, y de modo expreso, las ideas y valores tradicionales y dominantes en la sociedad civil y religiosa de Israel -y de su entorno cultural-, con el fin de contrastarlas con las del Señor, y así destacar más el pensamiento creativo y la innovación que aportó Jesús de Nazaret.

Por eso el capítulo segundo de este libro. El estudio acerca de la evolución ética de algunas sociedades antiguas, y más en concreto de la sociedad de Israel, permite ver el desarrollo y sobre todo el salto cualitativo, que representa la enseñanza -Mensaje- de Jesús de Nazaret. Así pues, me remito al capítulo 2.

Aunque también cabe decir -creo yo- que la exposición de sus ideas son en sí tan novedosas **-hoy siguen tan actuales como entonces; mejor, entonces causaban sorpresa y hoy admiración por su genial actualidad-**, que por sí mismas contrastan y se contraponen a los valores, y a veces también a las tradiciones, establecidos; tanto que casi no necesitan -incluso en nuestros días- más exposición que lo que expresamente se narra en los mismos Evangelios.

La sorpresa, el asombro de mucha gente que escuchaba al Señor revela la novedad y el contraste con sus creencias tradicionales. Por eso la oposición tan radical que se levantó contra la doctrina y la persona de Jesús: La novedad que anuncia no sólo es nueva sino que con frecuencia es además contraria a muchas creencias religiosas tradicionales, sacralizadas.

Por eso insisto en que la doctrina de Jesús es tal que **también hoy** constituye una novedad, tan innovadora que en algunos aspectos es contraria a valores, estructuras, estratos, castas, oligarquías, jerarquías -religiosas y sociales-, étnicas, económicas etc., que siguen dominando -de lo que cada vez somos más conscientes-, y que desgraciadamente con mucha frecuencia siguen utilizando a Dios para someter mejor al hombre, y así mantener su estatus...

Quien quiera apreciar la creatividad de Jesús de Nazaret no necesita trasladarse al tiempo y a los valores, religiosos y sociales, de aquella sociedad. Basta con que compare la enseñanza del Señor con los "valores" reinantes en la nuestra -la de cada uno-, para darse cuenta de la novedad y del espíritu innovador que representa el Reino que anunció hace veinte siglos. Y esto es así, porque la persona y la doctrina del Maestro son de perenne actualidad. Lo cual constituye creatividad del más alto nivel.

Decía antes que la creatividad conlleva riesgos, precisamente porque es inconformista y tiende a romper moldes de pensamiento y de conducta declarados como incuestionables. La oposición-persecución que se levantó en torno a Jesús constituye en sí misma una prueba de que Jesús no sólo cuestionaba moldes, sino que además proponía un cambio profundo de aquella situación religiosa, y como consecuencia también de la social.

En efecto, el Mensaje del Señor trata de **renovar en profundidad**, con un nuevo concepto de Dios y un nuevo concepto del hombre, incluso de la religión y de la sociedad misma. Aunque de esto último parece que no fueron suficientemente conscientes -salvo algunas excepciones muy aisladas- las primeras y siguientes generaciones de creyentes cristianos.

Dios y el hombre -unidos en el amor y en la verdad que libera frente a las ataduras religiosas y sociales, que desfiguran y someten-, constituyen la esencia de su mensaje, con la esperanza como horizonte definitivo. Esencia-mensaje que se encarna en Jesús de Nazaret, el Enviado del Padre.

Basta leer despacio los Evangelios para advertir que su doctrina es -y sigue siendo- nueva. Basta con mirar los valores dominantes en nuestra sociedad actual para comprender que el Reino es una utopía llena de esperanza y constituye un ideal que todavía no se ha logrado en la tierra. La creatividad de Jesús de Nazaret va más allá de su tiempo, no tiene caducidad, es perenne. Por eso sus palabras no pasarán, no envejecerán. Serán siempre una aspiración, un ideal, una meta a alcanzar.

¿Cuándo dijo que sus palabras no pasarán, no estaría además sugiriendo que el cambio religioso y social auténtico sería muy lento y tortuoso -porque los poderosos se resistirían a él en toda época-, y que la Iglesia y la sociedad, por exceso de tradicionalismo inmovilista, siempre necesitarían inspirarse en el espíritu de esas palabras de perenne actualidad?

Incluso algunas enseñanzas con cierta raíz viejotestamentaria, como el Padre Nuestro, Jesús las presenta con matices tan novedosos y admirables, que hoy tienen la misma vigencia -y urgencia- que hace veinte siglos. De ahí -insisto- que su enseñanza suscitase tanta sorpresa, tanta admiración y tanta oposición, que constituía un riesgo evidente, una clara confrontación, entonces e incluso hoy.

En aquella sociedad, tan estática, tan afincada en la **tradicón sacra e incuestionable**, introducir una doctrina innovadora era una locura, era como perder la razón, porque se jugaba la vida. (Este es, a mi juicio, el sentido del pasaje de Mt. 12, 46, cuando la madre de Jesús y sus hermanos querían hablar con Él.) Ni sus más cercanos, mentalizados por la tradición, eran capaces de entenderlo o de asumir el riesgo que corría. Declarar finiquitado y superado el V. T. no entraba en los esquemas mentales religiosos, estáticos y definitivos, del pueblo de Israel. Era, desde el punto de vista tradicional, una locura que le costó la vida. (Como en nuestro tiempo les ha ocurrido a muchos testigos del Reino.)

Ese pasaje de Mateo sugiere que entre sus hermanos debía de haber división de opiniones, quizá enfrentamientos, respecto a lo que significaba la persona y el mensaje de Jesús... ¿Por qué después de la Resurrección sólo consta que se sumaron a Él su madre, María, y su hermano, Santiago? ¿Tendrá algo que ver con esto la observación de Jesús de que por su causa habría luchas entre padres y hermanos?

En esta perspectiva, recuerdo de nuevo a Landau: La creatividad es un riesgo. En el caso de Jesús de Nazaret se hace muy evidente. Incluso entre su familia había divisiones...

Veamos, pues, su enseñanza y la novedad-innovación que presenta:

En el anuncio del Reino hay que destacar en primer lugar que Jesús no era un “predicador” cualquiera, uno más entre los docentes de su entorno. Jesús se caracterizaba porque “enseñaba como quien tiene autoridad, no como los escribas”. (Mc. 1, 22) Enseñaba con mucha competencia y convicción. Jesús tenía muy pensado el anuncio del Reino, que llevaba muy dentro, y lo presentaba además con brillantez. Me permito recordarlo de nuevo:

“¿Qué es esto? Una doctrina **nueva** y revestida de **autoridad**” (Mc. 1, 27) ¿“Cómo es que no habiendo estudiado **sabe letras...**”? (Jn. 7, 15) Efectivamente, “Jesús enseñaba como quien tiene **poder**”. (Mt. 7, 29) (Como ya dije, no entro en el fundamento de esa autoridad y poder, que representa el Señor, porque nos llevaría a otro tema. Aquí nos limitamos a la novedad de su doctrina y a la profunda convicción con que la transmitía.)

Así, pues, ¿qué es eso nuevo que enseñaba y sorprendía tanto? Porque sabía que su doctrina era nueva y que por ello no le entenderían y crearía resistencia, lo primero que dice es: “**Cambiad de manera de pensar**”. (Así traducen y entienden muchos escrituristas actuales el arrepentíos o convertíos *-metánoia-* de Mt. 4, 17 y Mc. 1, 14) Es decir, hay que ver la realidad, al hombre y a Dios, de un modo distinto (también de cómo lo presentaba Juan Bta., el predicador más destacado del momento). Los modelos viejos no valían.

En psicología el libre cuestionamiento y el cambio en la manera de pensar constituyen el primer principio o exigencia de la creatividad. Pues bien, por ahí, por la mente, empieza Jesús. Pero un cambio que no se quede en la mente, un cambio que alcance estructuras más profundas y llegue a la misma intimidad.

Los temas que iba a anunciar eran tan nuevos que requerían una mente nueva, para poder entenderlos y aceptarlos, como le recordó a Nicodemo. Por eso reiteraba: Cambiad de manera de pensar. Lo que equivalía de alguna manera a nacer de nuevo, a ver la realidad desde otra perspectiva. Este era el sentido y el primer paso de la conversión que pedía. Jesús fue muy consciente de que lo que anunciaba era un Mensaje nuevo, que requería una mente nueva, renacida, para entenderlo.

Pero ¿a qué se refería concretamente con ese cambio en el modo de pensar? La conversión que Jesús anunciaba era un cambio interior en el modo de ver a Dios y al hombre, cambio que se manifestaba en una criatura nueva, en una vivencia nueva, en una conducta nueva. En vivir en una dimensión nueva.

Esa insistencia en que cambiemos de manera de pensar, y demos profundidad a ese cambio, vale para todos los tiempos; hoy es tan actual y necesario como entonces. Porque ese cambio en el modo de pensar todavía no se ha producido en nuestras sociedades llamadas cristianas. Y sin ese cambio interior no es posible entender el Reino, el Mensaje que anuncia, que no es otra cosa que invitación a una transformación profunda personal, religiosa y social, con una visión de futuro y de esperanza, que va más allá de lo inmediato, pues nos trasciende.

Los temas que contienen y desarrollan el mensaje del Reino son básicamente cinco:

1. Dios. 2. El hombre. 3. Relación del hombre con Dios. 4. Relación del hombre con el hombre: tipo de convivencia y de organización social. 5. La Fraternidad cristiana como testimonio del sentido trascendente de la vida: Dios nos espera.

En cada uno de ellos se aprecia claramente el pensamiento original, innovador y creativo de Jesús. Aparte de la gran creatividad expresiva, literaria, con metáforas e imágenes bellísimas...

Veamos:

